SERVICIO SECRETO

UNA SOMBRIA NOCHE



BURTON HARE

SS SERVICIO SECRETO

BURTON HARE

UNA SOMBRIA NOCHE

Colección SERVICIO SECRETO n.º 875
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 9452 - 1967

Impreso en España - Printed in **Spain**

1.ª edición: mayo 1967

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - **Barcelona** - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

857.—¡Maten a Carella!
863.—Trampa diabólica.
871.—Noche de terror.

En Colección PUNTO ROJO:

253.—¡Inocente!
255.—Un «gangster» llamado Carella.
259.—Senda sin retorno.
263.—Historia de amor y muerte.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

139.—Morir es fácil.
147.—Se necesita un cadáver.
155.—Destino: el infierno.

En Colección ALTO SECRETO:

3.—Cuidado, FBI. ¡Peligro de muerte!

CAPÍTULO PRIMERO

El teniente Drake Bannon entró en su oficina, arrojó el sombrero hacia la percha, falló y tuvo que recogerlo del suelo, con un gruñido, colgándolo después con cuidado.

Echó un vistazo a los papeles que esperaban sobre su escritorio, los apartó de un manotazo y, desdoblando el periódico, lo extendió encima de la mesa. Sus ojos agudos y brillantes se clavaron en los rotundos titulares. Hizo una mueca, como si hubiera mordido algo particularmente amargo.

Los titulares hablaban de la ineptitud de la policía, al no haber podido detener todavía al que había sido calificado como *El monstruo del siglo*.

Su quinta víctima había aparecido dos noches antes al borde de una carretera secundaria. Como las anteriores, se trataba de una muchacha de unos veinticinco años, de vida libre, demasiado libre según opinión del teniente. También había sido estrangulada y en su cuerpo se hallaron evidentes señales de golpes y arañazos.

Bannon se preguntó cuánto tiempo tardarían en tropezar con el sexto cadáver...

Leyó todo el artículo, en el cual el reportero de turno había vertido todo su caudal de inventivas sobre la policía. Un poco más y pedirían la dimisión de todo el cuerpo policíaco.

Fastidiado, Bannon apartó el diario y encendió un cigarrillo. Miró a través de la ventana, hacia la noche poblada de luces chillonas que se extendía en todo lo que alcanzaba la vista. Tal vez en aquellos instantes, bajo aquellas luces, un asesino sádico y bestial estuviera buscando una nueva presa, una muchacha ligera de cascos a la que maltratar salvajemente antes de estrangularla...

—¡Condenación! —barbotó entre dientes—. Perro trabajo este...

Aplastó el cigarrillo en el cenicero. Se avecinaba una noche de perros para pasarla de servicio. Hubiera sido mejor cambiar el turno con cualquier otro compañero y descansar veinticuatro horas seguidas. Llevaba tres días sin casi pegar un ojo, cribando la ciudad en busca de aquella maldita bestia con forma humana...

Sacudió la cabeza. Le hubiera gustado también no pensar en aquella cadena de crímenes, olvidarla, aunque solo fuera por unas horas; pero sabía que eso era imposible. De modo que se recostó en el sillón y dejó que su mente siguiera recorriendo sendas sin fin y sin principio.

Entonces sonó el teléfono. Lo descolgó bruscamente.

—Teniente Bannon al habla —gruñó.

—Está bien, Drake. Lo hemos encontrado —dijo una voz, que reconoció perfectamente.

Dio un salto.

—¿Qué habéis encontrado, qué? —gritó.

El sargento Keyse dijo:

—El sexto.

Una especie de gemido agónico brotó de la garganta del teniente.

—¿Otro cadáver? —balbució.

—Seguro, Drake; una chica. Igual que las demás.

—Al fulano le gusta repetirse... ¿Dónde está?

—En el jardín de una casa desalquilada, en Álamo Street. ¿Vas a venir?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Oye, Keyse, ¿qué hay de la Prensa?

—Todavía no saben nada de esto.

—Bueno, que sigan ignorándolo. Ya tenemos bastante barullo sin que esos tipos listos nos crucifiquen ahora. ¿Qué número tiene esa casa desalquilada?

—El treinta. Solo estamos aquí los patrulleros que la han descubierto y yo. He preferido venir personalmente antes de dar la voz de alarma.

—Está bien. Salgo inmediatamente.

Colgó con un fuerte golpe. De modo que ya tenían otro fiambre entre las manos, monologó mientras se encasquetaba de nuevo el sombrero. Bonito oficio...

El número treinta de la calle Álamo era una casa de dos plantas, con bastantes años a cuestas y rodeada por un jardín tan descuidado como la edificación. Un coche-patrulla estaba parado junto a la acera con su faro giratorio lanzando destellos rojos. Otro auto, sin distintivos, se encontraba aparcado detrás. No se advertía ningún movimiento inusitado por la desierta calle.

Bannon estacionó delante del patrullero, saltó a la acera y, atravesándola, entró al jardín para reunirse con el sargento Keyse y los dos policías uniformados que estaban parados junto a un bulto oscuro.

—Buenas noches a todos —gruñó—. ¿Cómo la han descubierto?

—Acostumbramos a alumbrar los jardines de las casas que sabemos vacías —explicó uno de los policías—. Es ya una rutina en el servicio. Al hacerlo aquí esta noche, hemos advertido la presencia de un gran bulto. Bueno, era ese cadáver.

Bannon se inclinó. Uno de los patrulleros encendió una potente linterna eléctrica, que reveló el rostro blanco de una muchacha de unos veinticinco años. Sus cabellos, oscuros, rodeaban unas facciones regulares, de labios carnosos y pómulos pronunciados, carentes de belleza.

Pero donde los ojos del teniente se posaron fue en el cuello, igualmente de un blanco marmóreo, en el cual un fino alambre estaba incrustado profundamente, casi invisible.

Bannon dejó escapar con fuerza el aire de sus pulmones. Con voz seca, preguntó:

—¿Te has fijado en eso, Keyse?

—¿Te refieres al alambre? Por supuesto.

—Las otras veces utilizó sus manos, excepto en una ocasión que la estranguló con un pañuelo de seda...

—Quizá le gusta probar diferentes sistemas —rezongó el sargento, de mal humor.

—¿Has registrado el jardín?

—Todavía no. He preferido esperar que estuvieras aquí.

—Daremos un vistazo, aunque habrá que hacerlo de día. Por el momento veamos si está el bolso por estos alrededores. Otra cosa, Keyse... Llama a la central y que vengan los muchachos; todos cuantos estén disponibles. Quiero que interroguen a toda la vecindad respecto a si han visto un coche estacionado aquí esta noche.

—¿Crees que la ha matado en un auto?

—Casi lo afirmaría. Todas sus anteriores víctimas han sido estranguladas a bordo de un coche y arrojadas después a una cuneta. Con esta se ha tomado la molestia de meterla en este jardín abandonado...

—¿No te parece que puede haber utilizado la casa? Si sabía que estaba vacía...

—En ese caso hubiera dejado el cadáver en el interior. Llama a la central y vuelve inmediatamente.

—*Okey,* Drake.

El sargento se alejó. Drake Bannon se volvió hacia los silenciosos patrulleros.

—¿Tienen otra linterna como esta?

—Dos más en el coche, teniente.

—Déjeme esta y traiga otra para dar un vistazo alrededor del cuerpo, pero con mucho cuidado donde pongan los pies. Debe haber el bolso por alguna parte...

Tomó la potente lámpara y comenzó a describir círculos cerrados alrededor del oscuro bulto. Repentinamente, se inmovilizó, y el haz de luz quedó fijo sobre algo que relucía como una pequeña llamita roja.

Inclinándose, recogió un trozo de gemelo de oro con un rubí en el centro. Vio que solo quedaba la parte externa. La cadenita y el sujetador habían desaparecido.

—¡Atención! —exclamó—. Echen un vistazo a esto... y busquen el resto por todo el jardín. Tiene que estar aquí, porque esta vez nuestro criminal ha cometido un error...

Los dos agentes se aplicaron a la tarea y sus grandes luces fueron escudriñando las sombras del jardín, entre las altas hierbas. Uno de ellos, al cabo de unos minutos de búsqueda, exclamó:

—¡El bolso, teniente!

Bannon dio un salto. Tuvo la esperanza de que también en eso las cosas fueran distintas de las veces anteriores y hubiera en el bolso los documentos de la mujer o cualquier otra cosa factible de identificarla.

No obstante, en eso el criminal se había repetido. El bolso estaba casi completamente vacío. Solo había dejado en él un lindo pañuelito de encaje, los útiles más corrientes de maquillaje y un paquete de cigarrillos. Ni siquiera había una llave, a pesar de que en sus anteriores víctimas el asesino nunca se había molestado en hacer desaparecer las llaves de los bolsos.

Contrariado, Bannon ahogó un juramento y cerró el bolso. En aquel instante, Keyse regresó y se quedó estupefacto al ver la mitad del gemelo encontrado.

—¿Crees que pertenece al criminal? —exclamó.

—Posiblemente. Es de oro, y si no me equivoco, esto es un rubí. Y no tiene trazas de haber permanecido largo tiempo en la tierra. Está limpio y brillante... Quizá se le ha roto cuando transportaba el cuerpo.

Apenas había terminado de hablar, cuando uno de los patrulleros le llamó desde un lugar cercano a la verja, junto a la inútil puerta, que colgaba de uno de sus goznes.

—¡Aquí está, teniente! —gritó el guardia.

—¡No lo toque!

En efecto, era la otra mitad que faltaba. Un pequeño trozo de cadenita de oro a cuyo extremo había al pasador de un gemelo.

—Habrá que manejarlo con cuidado. Aunque no puede contener una huella entera, por lo menos nos dará una idea del tipo de las del criminal.

Lo tomó cuidadosamente valiéndose del pañuelo. Estaba a punto de guardarlo cuando se fijó en unos trazos grabados en el metal.

—¡Fíjate, Keyse! —gritó—. ¿Qué te sugiere eso?

Tras un vistazo a la joya, el sargento opinó:

—Las iniciales del propietario... y una fecha de mayo de 1962... Pero sería demasiada suerte que perteneciera al asesino.

—Hay las mismas probabilidades de que sea de él como de que pertenezca a otra persona cualquiera. De modo que concentraremos nuestros esfuerzos en hallar al que ha perdido esto.

—¿Qué hay en el bolso?

—Nada, ni siquiera una llave de un apartamento. Lo ha limpiado.

—Si por lo menos alguien la identificase pronto...

—No te hagas ilusiones. Todavía hay dos de las víctimas anteriores que no han sido identificadas. ¿Qué te han dicho en la Brigada?

—Están en camino. También he avisado al médico forense, y él se encargará de mandar una ambulancia.

—Está bien. No creo que podamos hacer mucho más aquí. Habrá que dejar algunos guardias para que mantengan alejados a los curiosos. Quiero examinar el jardín a la luz del día.

—¿Y la casa?

—Daremos un vistazo tan pronto lleguen los demás, pero estoy seguro de que no encontraremos nada en ella. Te repito que si el asesino la hubiera utilizado, habría dejado el cadáver dentro, a fin de retardar todo lo posible el hallazgo...

—¿No has pensado que el tipo puede pretender todo lo contrario?

—¿Qué?

—No cabe duda que se trata de un loco; un tipo lo bastante chiflado para dedicarse a matar para dar rienda suelta a sus malditos instintos. Bueno, un fulano de estas características, tal vez goza viendo cómo la policía se rompe los sesos tratando de cazarle. Quiero decir, Drake, que nuestro hombre es muy posible que deje los cadáveres tan a la vista para que sean encontrados cuanto antes.

Bannon le echó una mirada cargada de ironía.

—De modo —dijo— que te sientes más o menos siquiatra... ¿De dónde has sacado toda esa cantidad de ideas, compañero?

—Bueno, me gusta leer. Tú sabes...

—El caso es que yo soy de la misma opinión, Keyse, y estoy convencido de que si no cazamos pronto a ese condenado bastardo, va a sembrar de cadáveres toda la ciudad.

—Habrá que ver los periódicos, Drake...

Solo le replicó un seco gruñido. El teniente sacó un cigarrillo, lo encendió y estuvo fumándolo pensativamente hasta que llegaron sus hombres seguidos de una ambulancia.

Entonces suspiró resignadamente, arrojó medio cigarrillo a la calle y se dispuso a enfrentarse con la rutina.

Comenzaba un nuevo caso de aquella espeluznante cadena.

El sexto.

CAPÍTULO II

Drake Bannon empujó la puerta y entró. Tenía todo el aspecto de un condenado subiendo los peldaños del patíbulo.

Desde el otro lado de la mesa, el capitán Gibson, jefe de la Brigada de Homicidios, clavó sus ojos, duros como el diamante, en el teniente.

—Siéntese, Bannon.

—Lamento haberle hecho esperar, pero justamente ahora acabo de llegar.

Bannon se derrumbó en la desvencijada butaca. Estaba pálido y profundos círculos amoratados rodeaban sus ojos, en los que se adivinaba la gran cantidad de sueño atrasado que sufría.

—Tiene usted mal aspecto, Bannon —comentó Gibson, escrutándole el rostro como un halcón.

—Es ese maldito caso, señor.

—Para que me hable de eso le he llamado. Tenemos a toda la Prensa contra nosotros. El fiscal acaba de zumbarme los oídos... y mucho me temo que las quejas seguirán lloviendo desde esferas mucho más altas. ¿Hay algún indicio que pueda considerarse como un progreso?

—Hasta el momento, seguimos la pista del gemelo roto. Es todo lo que tenemos.

—Ya veo... Hace exactamente cinco días que ese gemelo fue encontrado junto al sexto cadáver de mujer. ¿En todo ese tiempo...?

—Todos los hombres disponibles están recorriendo joyerías, grabadores y almacenes. Es un trabajo largo y monótono, señor. También estamos cazando a todos los soplones, pero sin resultado alguno. Tenemos docenas de fichados por delitos sexuales, pervertidos y granujas susceptibles de haber podido cometer esos crímenes. Nuestros siquiatras están trabajando sin interrupción con ellos y sus nauseabundos instintos. Le aseguro que a veces siento deseos de vomitar con toda esa morralla ahí abajo.

El capitán estudió aquel rostro cansado y asintió con un gesto.

—Comprendo cómo se siente, Bannon, pero tal como están las cosas, no podemos permitirnos el lujo de un fracaso... o de que aparezcan más cadáveres sin que tengamos ni un maldito indicio que dar a los periódicos. Van a crucificarnos sin contemplaciones si esto se alarga demasiado.

El teniente gruñó un juramento por lo bajo. Luego masculló:

—Recuerde a *Jack el Destripador*. Volvió locos a los policías de Londres y jamás fue encontrado.

—No me diga que aquí va a suceder lo mismo, teniente. No me gustaría cambiar de oficio a mí edad, ni creo que le gustase a usted.

—Comprendo.

—Celebro que lo comprenda. Personalmente, quiero decirle que estoy a su lado. Sé cómo son estas cosas. Pero por encima de mí...

—Lo sé, señor. Gracias.

Bannon se levantó. Se disponía a salir del despacho cuando el teléfono rompió a llamar y Gibson lo descolgó de un manotazo.

—¡Capitán Gibson al habla! ¿Quién? Un momento, Keyse... Es para usted, Bannon.

Este tomó el auricular. La voz excitada del sargento restalló en su oído con fuerza chillona:

—¡Creo que ya lo tenemos, Drake!

—Cada vez que te oigo decir por teléfono que ya tenemos algo, tengo el presentimiento de que te refieres a otro fiambre.

—No se trata de ningún fiambre esta vez. ¿Puedes venir al Precinto 26?

—Seguro. Pero adelántame algo.

—Es una confidencia. Uno de los soplones parece que sabe algo importante.

—Está bien. Allá voy.

Colgó. El capitán estaba mirándole esperanzado.

—¿De qué se trata, Bannon?

—Uno de los soplones, en el Precinto 26. Keyse cree que es importante.

—Perfecto. Vaya usted y téngame informado.

—De acuerdo, señor.

Salió como si le persiguieran todos los diablos del infierno. Sus nervios amenazaban con jugarle una mala pasada y se asombró de ello, ya que a lo largo de sus años como policía había dado muestras de calma y fría ecuanimidad.

Claro que jamás había tropezado con un sanguinario asesino como aquel monstruo que trataban de cazar...

* * *

El confidente se llamaba Bull Dachs. Era un hombre asombrosamente delgado, de rostro innoble y ojillos de rata. Un largo cuello en el que resaltaban los huesos y tendones y parecía incapaz de sostener sobre su frágil apariencia la cabeza de cabello escaso y revuelto. Miró al teniente Bannon con evidente temor.

Rodeándole con caras tensas estaban también el sargento Keyse y un teniente del Precinto.

Bannon gruñó:

—Oigamos tu historia, Dachs. Y no la adornes con detalles de tu cosecha si no quieres que te arranque la piel a tiras.

—No estoy aquí por mí gusto, teniente —rezongó el aludido—. No voy a sacar un centavo de todo esto; así que...

—¡Al grano!

—Sí, sí, ya sé...

Hizo un ruido extraño con la garganta. Sorbió estruendosamente por la nariz y luego habló despacio.

—Todo se reduce a lo que dijo un tipo la otra noche en la taberna de Finton, en los muelles...

—¿Qué tipo?

—Todo lo que sé es que se llama Eric Dance, suponiendo que ese sea su verdadero nombre. Es un fulano que da escalofríos. Usted sabe. Le mira a uno como preguntándose en qué lugar va a hundirle un cuchillo...

—Más despacio ahora, Dachs —le atajó Bannon—. ¿De qué le conoces tú?

—De las tabernas de los muelles. Suele beber alguna que otra vez, y hemos coincidido en más de una ocasión. Pero no me gusta el tipo, palabra de honor. Tiene unos ojos que parecen muertos, si es que comprende lo que quiero decir.

—Quizá sea un *zombie* —rio Keyse.

—Déjese de bromas. Es como les digo. Si hay unos ojos indicados para un asesino, son los de ese individuo.

—Bien, ya sabemos que le tienes miedo. Ahora veamos qué es lo que te dijo.

—Bueno, estábamos bebiendo unos tragos. Parecía estar bien de fondos y su humor era mejor que otras veces. De repente vació el vaso de un trago, lo dejó sobre la barra y dijo que para sentirse bien lo único que necesitaba era una chica...

—¿Y qué hay de raro en eso? Todo el mundo necesita una chica de vez en cuando.

—Pero no para apretarle el gaznate —gimió el soplón.

—¿Qué?

—Eso fue lo que dijo, aunque con palabras más complicadas. Al parecer, buscaba a una chica especial, de las que tienen el cuello hecho para apretarlo...

—¿Eso es todo?

—¿Quiere más todavía? Solo de imaginar la mirada de sus ojos cuando dijo eso siento escalofríos, teniente...

—¿Dijo algo más después de eso?

—No. Pagó su habida y la mía, me dio una palmada en la espalda y se dirigió a la puerta. Desde ella todavía hizo un saludo con la mano antes de desaparecer.

Bannon reflexionó rápidamente. La descripción del supuesto Eric Dance encajaba, poco más o menos, con el tipo de criminal sádico y loco que estaban buscando. No obstante, poco habían adelantado con todo aquello.

—Está bien, amigo —refunfuñó—. Echarás un vistazo a nuestro archivo de «estrellas», a ver si encuentras a tu amigo, aunque lo dudo. Después volveremos a hablar.

—En los ficheros del Precinto no hay nadie de ese nombre, Bannon —informó el teniente.

—No creo que esté fichado en ninguna parte, como no sea en un manicomio. ¡Demonios! Un manicomio... El fulano está como un chivo; de modo que... ¡Vámonos, Keyse!

—¡Un momento! ¿Qué hacemos con este?

Bannon miró al confidente con el ceño fruncido.

—Que le acompañen a la central para revisar los archivos. Y que lo guarden allí hasta que yo vuelva... ¿Podrás encargarte de eso?

El teniente del Precinto asintió con un gesto. Un instante después, Bannon y el sargento habían desaparecido como una exhalación.

CAPÍTULO III

Al fin parecía que la suerte había cambiado. El teniente dio una larga chupada a su cigarrillo sin apartar la mirada del rostro delgado del médico que estaba sentado al otro lado de la mesa.

—Hábleme de ese paciente, doctor —pidió, controlando su voz con evidente esfuerzo—. ¿Cuánto tiempo hace que salió del hospital?

—Seis meses. Esa fue la tercera vez que estuvo internado voluntariamente.

—Cuando dice «voluntariamente», supongo que quiere usted dar a entender que Eric Dance ingresó aquí por su pie y sin que nadie lo forzara a hacerlo, ¿no es así?

—Exacto. Excepto la primera vez, por supuesto. Dance vino repatriado de Vietnam con un tremendo desequilibrio nervioso, producido por la guerra y las penalidades. Si he de hablarle con sinceridad, no es el tipo de hombre que uno se imagina como un guerrero o un buen soldado... Es demasiado delicado. Usted sabe...

—¡Infiernos, delicado! —barbotó Bannon, pensando en las muchachas asesinadas.

—Un momento, teniente. Creo que interpreta mal mis palabras. No sé si Dance es el autor de esas muertes o no, pero si resulta un asesino, te aseguro que no es responsable de sus actos... Actúa bajo una fuerza ajena, dominante, que le impulsa a matar.

—¿Por qué a matar solo mujeres?

El médico se encogió de hombros.

—Eso habrá que investigarlo cuando pueda tenerlo otra vez en observación. Eric Dance es un compendio de todos los complejos creados por el terror. Quizá al matar a todas esas mujeres, su subconsciente quiere convencerse de que es un hombre duro, valiente, capaz de matar sin piedad alguna... cuando en el frente de batalla fracasó a causa del miedo.

—Le confieso que no entiendo una maldita palabra.

—No importa; estamos hablando gratuitamente hasta tanto no podamos tener en observación a Dance. Lo único que ahora importa es detenerle para evitar que cometa más crímenes. Si es el criminal, naturalmente...

—Deme usted su dirección y veré si está en ella. Es preciso darse prisa.

—De acuerdo; pero exijo que me avise usted cuando lo haya detenido. Ese muchacho necesita ayuda... y presumo que no es eso lo que ustedes van a proporcionarle si lo detienen.

Bannon apretó las mandíbulas.

—Si es un loco, será puesto en manos de los doctores Le avisaré a usted también, por supuesto; pero no me pida que tenga piedad de él, Usted no ha visto a esas seis mujeres asesinadas salvajemente.

—Confío en que me llamará tan pronto haya detenido a Dance —refunfuñó el doctor Quintan. Seguidamente escribió unas palabras en una hoja de papel y la entregó al teniente—. Esta es la dirección de Eric Dance.

Bannon se levantó. El sargento Keyse, que había asistido en silencio a la entrevista, se despegó de la ventana y avanzó hacia la puerta para reunirse con su compañero.

Una vez fuera del hospital del ejército, Keyse gruñó:

—De manera que al fin y al cabo vamos a tener que pasar el caso a esos «reductores de cabezas», ¿eh, Drake?

—¡Al demonio con ellos!

El sargento tomó el volante. Solo preguntó:

—¿Qué dirección es, Drake?

—Primero vamos a la central. Quiero hablar con el capitán. No vamos a enfrentarnos nosotros solos con un asunto como este. Ya ha habido demasiado jaleo hasta ahora.

—Bien, como tú digas.

El capitán Gibson les recibió en su despacho. Era un capitán ceñudo y preocupado, que les espetó antes que pudieran hablar:

—Estaba a punto de mandar a toda la Brigada que les buscaran a ustedes. ¿Dónde demonios se habían metido?

—En los hospitales, señor —repuso Bannon de mal talante.

—¿En los...? Ya veo. Tenemos el nombre y las señas del propietario del gemelo, Bannon. No he tomado yo mismo este caso entre mis manos solo en consideración a usted...; pero no vuelva a desaparecer sin informarme de dónde puede ser encontrado en todo momento.

Los dos hombres se miraron. Gibson, un tanto sorprendido por la pasividad de sus dos subordinados ante su noticia, gruñó:

—Y bien, no parece que les haya sorprendido mucho este informe.

—El dueño debe ser alguien que ha estado recluido en un sanatorio para enfermos mentales... aunque las Iniciales del gemelo no son E. D.

—¿De qué demonios está hablando? Las iniciales son D. A. Un joyero de Rogers Street recuerda al cliente que le hizo grabar dichas iniciales y esa fecha... Corresponde al primer aniversario de la boda del hombre.

Bannon dijo:

—Tal vez el gemelo no pertenezca al asesino, después de todo, señor. Tenemos fundadas sospechas de que el criminal es un perturbado mental llamado Eric Dance.

Gibson abrió la boca estupefacto. Después la cerró con un ruido

seco, igual que un cepo.

—Explíquese —exigió con sequedad.

El teniente procedió a desgranar toda la historia a partir del momento que habían interrogado al confidente Bull Dachs, con la consiguiente búsqueda en los sanatorios mentales, hasta que habían acertado a visitar el del ejército.

—De manera que Eric Dance —refunfuñó Gibson—. Un simple loco. Entonces, ese gemelo...

—Ya veremos cómo fue a parar al jardín abandonado, pero lo primero es detener a Dance. Tengo sus señas, pero creo que sería preferible que unos cuantos agentes rodeasen el área para evitar disgustos.

—Sí, claro, por supuesto... Daré orden de que les acompañen cinco hombres. Quedarán bajo sus órdenes, Bannon. Evite en todo lo posible la violencia.

—De acuerdo, señor. A propósito, ¿cómo se llama en realidad el propietario del gemelo?

—Duncan Abbot. Fue su mujer quien encargó el par de gemelos, en los que hizo grabar esa fecha correspondiente a su primer aniversario... Nos ocuparemos de él cuando vuelvan ustedes.

—Perfecto, señor. Le confieso que me siento mucho mejor ahora, que sé dónde encontrar a nuestro loco.

En pocos minutos estuvo organizado el grupo de policías que debería tomar parte en la operación. Cuando estuvieron reunidos junto a los dos coches, Bannon les recomendó:

—Nada de despliegue guerrero, ¿entienden? Esta es una operación discreta que debe pasar tan desapercibida como sea posible. No quiero alarmar a todo el vecindario, a menos que sea absolutamente necesario. Dejaremos los coches a cierta distancia de la casa que buscamos y nos acercaremos a pie. Ustedes cubrirán todas las posibles salidas y el sargento Keyse y yo entraremos a por nuestro hombre. ¿Comprendido?

Asintieron. Los dos coches se pusieron en marcha y pronto se vieron rodeados por el intenso tráfico de la tarde. No obstante, Bannon insistió en no hacer uso de las sirenas en todo el recorrido.

La casa de Eric Dance constaba de dos plantas. En la inferior había una pequeña tienda de licores, de manera que el domicilio del supuesto loco debía ser el piso que había encima del establecimiento. Desde el otro lado de la calle, el teniente estudió el terreno antes de repartir a sus hombres. Destinó a dos de ellos para cubrir la parte trasera del edificio, que daba a un patio. Cinco minutos después, él y el sargento entraren en la estrecha escalera y subieron al piso. Bannon golpeó la puerta.

Casi al instante, una voz indagó:

—¿Quién está ahí?

—¿Es usted Eric Dance?

—Si. ¿Qué pasa?

—Abra esa puerta. Queremos hablar con usted.

Unos pasos lentos y pesados se acercaron a la puerta. Bannon suspiró, satisfecho, ante la facilidad con que imaginaba terminar con el enojoso ritual de la detención.

Pero la puerta no se abrió y Dance se detuvo al otro lado, preguntando:

—¿Quiénes son ustedes?

—Policía. Abra la puerta.

—Polizontes, ¿eh? —rezongó aquella voz—. ¿Para qué demonios quieren entrar?

—Hay algunas cosas que necesitamos discutir con usted, Dance. No queremos emplear la violencia si no nos obliga.

—¡Qué amables! —sonó una seca carcajada que puso escalofríos en la nuca de Bannon. Luego, la voz, mucho más chillona que hasta entonces, gritó—: ¡Largo de aquí, bastardos! No quiero nada con los polizontes. Márchense... ¡Largo!

Keyse soltó una maldición entre dientes. Bannon contuvo sus nervios e insistió:

—No queremos hacerle ningún daño, muchacho. Solo necesitamos hacerle unas preguntas; eso es todo. Abra esa puerta y no ponga más dificultades.

—¡Tendrán que echarla abajo! ¿Con quién creen que están hablando? Sé cómo deben tratarse las ratas...; lo sé hace mucho tiempo... Años y años de aplastar ratas amarillas... ¡Entren si se atreven!

Los dos policías cambiaron una mirada de preocupación. Keyse gruñó:

—Está excitándose, Drake. ¿Echamos la puerta abajo?

—Probemos otra vez antes de eso. No hay que olvidar que se trata de un enfermo.

—A mí no me pagan para cuidar de esa clase de enfermos. Va a darnos mucho trabajo, Drake.

Dirigiéndose otra vez al ex combatiente, Bannon dijo casi gritando también:

—¡Podemos sacarle de ahí por la fuerza, pero eso solo le reportará perjuicios! Salga y responda a esas preguntas y todo irá bien.

Hubo un corto silencio. Después, los pasos del hombre se alejaron de la puerta. El teniente creyó comprender cuáles eran sus intenciones y, aplicando la cara a la puerta, gritó:

—¡Es inútil, Dance! La casa está rodeada. No podrá escapar por ningún lado.

—¡De modo que me han cercado...! —aulló el aludido—. Creen que me tienen cazado...

—¡Basta, Dance! Abra la puerta o la echaremos abajo.

—¡Atrévanse!

Bannon miró a Keyse. El sargento se encogió de hombros. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban por la amplia frente del teniente.

—Bueno, habrá que hacerlo —masculló.

En aquel instante, dentro del cuarto sonó un ronco y potente estampido, y, simultáneamente, apareció un agujero en la puerta, del que saltaron las astillas al paso del grueso proyectil.

Los dos policías dieron un salto, apartándose de la trayectoria del disparo. Colocados uno a cada lado del portal, ambos empuñaron sus grandes revólveres de reglamento. Bannon gruñó:

—Todos esos repatriados se traen un arsenal como recuerdo de la guerra y nadie les dice una palabra al respecto. Va a darnos trabajo...

Desde abajo, una voz gritó:

—¿Están ustedes bien, teniente? ¿Necesitan ayuda?

—Por el contrario; quédense ahí y cuiden de que no entre ni salga nadie. El tipo está armado; de manera que tengan mucho cuidado con las ventanas.

—De acuerdo, teniente.

Keyse comentó:

—Si no echamos la puerta abajo, ese tipo nos tendrá aquí hasta mañana.

—Le sacaremos aunque sea preciso utilizar gases lacrimógenos... ¡Dance!

—¿Qué les pasa, ratas amarillas? ¿Por qué no entran ahora?

—Por última vez, Dance, salga sin armas y...

Des disparos casi simultáneos fueron la respuesta. Más astillas saltaron de la madera. Después se hizo de nuevo el silencio.

Keyse bajó el cañón de su «Smith & Wesson», apuntó a la cerradura y disparó. El tremendo estampido repercutió en el descansillo como un cañonazo. Pero hubo de disparar dos veces más para que la cerradura saltara de sus engarces. No obstante, la puerta no se movió una pulgada.

—Debe tener un pasador al otro lado —gruñó, fastidiado—. Cualquiera sabe a qué altura está.

—Muy bien, Keyse. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano. Baja y ordena que disparen un par de granadas de gas por la ventana. Yo me quedaré aquí.

—Drake, cuando ese tipo salga de ahí huyendo del gas, será igual que una bestia rabiosa...

—Ya lo imagino. Ahora date prisa.

Keyse bajó las escaleras a saltos. Bannon todavía trató de razonar con el enfermo.

—No sea tonto, Dance... No tenemos nada grave contra usted. Solo queremos interrogarle. ¿Por qué lo complica todo con esos disparos?

—¡De modo que no tienen nada grave contra mí! ¿Por quién me

toma, polizonte? ¡Estoy acostumbrado a pelear! —De nuevo rio de aquella manera que producía escalofríos. Luego añadió—: Sé por lo que están aquí... lo sé... ya quisieron torturarme otra vez... los puercos amarillos...

—¡Dance!

—¡Y un demonio! ¿Cree que no sé que se trata de esas chicas? ¡Claro que se trata de ellas! Pero fue inevitable... No tenían cerebro... no tenían nada... solo sexo...

—¿Por eso las mató, Dance?

—¡Claro que fue por eso! Pero jamás podrán cazarme... no tienen pruebas... y no entrarán aquí. ¡Nadie entrará aquí!

El teniente suspiró. De manera que era así de sencillo. Una simple pregunta y el asesino afirmaba haber matado a toda la serie de desgraciadas...

—No queremos hacerle ningún daño, Dance insistió, en parte para distraerle de la ventana, por la que pronto entraría el gas—. Solo deseamos que se entregue a su médico y que responda a nuestras preguntas. No le sucederá nada.

—¡Tonterías! No pueden engañarme. ¡Entren, polizontes!

Una sucesión terrorífica de disparos acribilló la puerta. Instintivamente, Bannon se aplastó contra la pared, a un lado del portal. Vio la lluvia de astillas y, casi al instante, hubo una sorda explosión dentro del cuarto. La primera granada de gas había sido lanzada.

El demente comenzó a maldecir furiosamente. Después, la tos le ahogó. Gritó y sollozó, y sus pasos resonaron de un lado a otro, vacilantes y pesados.

Drake Bannon gritó por última vez:

—¡Salga, Dance; no podrá soportar el gas!

—¡Malditos hijos de perra amarilla! El gas está prohibido... No deben usarlo...

Una segunda explosión sorda anunció otra bomba de gases. Por debajo de la puerta comenzó a deslizarse una columnita de humo pálido. Bannon se apartó de la pared y dio un fuerte puntapié a la madera, pero esta resistió, a pesar de la rota cerradura.

Apenas se había apartado a un lado cuando dos balazos perforaron de nuevo la puerta. El loco lloriqueaba, sosia y maldecía como un demonio, mientras sus pasos resonaban sin orden de una parte a otra. De vez en cuando, su arma estallaba sin que ningún orificio apareciera en la ya acribillada puerta. Bannon calculó que disparaba a través de la ventana y solo deseó que no acertara a nadie.

En la calle se oían voces excitadas. Debía haberse concentrado una buena multitud. Se estremeció solo de imaginar lo que sucedería si el asesino lograra escapar, armado, y tropezase con toda aquella gente

arremolinada a su paso...

De pronto, los quejidos del demente sonaron tan ceros de la puerta, que Bannon se puso rígido. Oyó el lloriqueo producido por el gas, y las sordas maldiciones y los insultos que Dance les dedicaba. Luego hubo un chasquido y más juramentos. Alguien disparó desde la calle y algo se hizo añicos dentro del cuarto. Los agentes al mando del sargento estaban empujándolo a salir disparando a través de la ventana.

Drake Bannon tensó todos sus músculos. Se deslizó silenciosamente, apartándose del portal. No podía tardar en salir aquel loco furioso, y era la primera vez en su carrera que el teniente se enfrentaba con un hombre de semejantes características. Estaba nervioso y ni siquiera trataba de disimularlo ante sí mismo.

Repentinamente, la puerta se abrió violentamente y una forma oscura salió como bala de cañón, dando saltos y aullando como una bestia salvaje. Sin mirar a su alrededor, se lanzó hacia las escaleras, seguido por la nube de gas, que se deslizó fuera del apartamento empujada por el aire.

Bannon gritó:

—¡Deténgase, Dance; deténgase o le mato!

El loco empezó a saltar los escalones a riesgo de romperse el cuello. Bannon dio un salto.

—¡Deténgase! —chilló.

No consiguió nada. Y, de pronto, el sargento Keyse apareció abajo, en el portal, y sus ojos, atónitos, miraron aquella masa aullante que se le venía encima. Ni siquiera acertó a levantar la mano con la que empuñaba el revólver.

Drake Bannon sintió cómo se le erizaba el cabello ante la escena, y ya no titubeó más. Supo que Keyse sería acribillado en unos segundos... y apretó el gatillo furiosamente.

Vio a Keyse arrojarse de cabeza al suelo, pero lo hizo cuando ya el fugitivo daba una voltereta en el aire, impulsado por las balas y la velocidad de su carrera. Todavía se retorció antes de rebotar por los escalones igual que un fardo, hasta caer abajo, en el rellano, a pocas pulgadas de la pálida cara del sargento Keyse, que justo entonces empezó a levantarse, como si sus fuerzas no quisieran ayudarle.

Bannon bajó las escaleras apresuradamente. Detrás suyo, el gas estaba concentrándose y no tardaría en descender hacia la calle.

—¡Cristo! —jadeó Keyse, mirándole agradecido—. Lo has liquidado en el instante preciso, Drake... No sé qué me ha sucedido que ni siquiera podía moverme...

—Olvídalo. Reúne a los muchachos y que alejen a esos papanatas de ahí fuera. Luego avisa a la ambulancia. Yo me quedaré aquí.

—¿Crees que era realmente nuestro hombre?

—Seguro. Lo ha confesado a través de la puerta. No cabe duda que

estaba completamente loco. Después daremos un vistazo a su cuarto...

Keyse desapareció. Bannon sentóse en el último escalón, enfundó el revólver y sacó un cigarrillo, al que aplicó fuego con dedos que temblaban levemente.

Bien, asunto liquidado, pensó. Ya no más muchachas estranguladas y golpeadas, ni más pánico en las noches, ni más insomnio. Todo se había reducido a eso: un pobre loco que se había hecho matar de manera estúpida antes que entregarse... Eso no le gustaría al capitán, por supuesto, pero no iba a dejar que matase a Keyse... Al demonio el capitán.

Repentinamente, el gas le envolvió y Bannon dio un brinco, precipitándose a la calle. Ya no volvió a entrar hasta que el aire del anochecer barrió los últimos vestigios del molesto gas, y los enfermeros pudieron entrar también para llevarse el cadáver. Y el sargento Keyse, a su lado, masculló:

—El capitán quiere verte, Drake... Acaba de decirlo por la radio de los coches.

—Que espere. Vamos arriba.

El apartamento estaba sucio y desordenado. Varios casquillos vacíos estaban esparcidos por el suelo. Débiles restos de gas flotaban aún en los rincones. Bannon y Keyse iniciaron un rápido registro sin saber exactamente qué esperaban encontrar.

Sin embargo, Keyse lo encontró con suma facilidad.

—¡Aquí, Drake! —exclamó.

Bannon quedóse mirando los documentos personales pertenecientes a dos mujeres. A dos de las víctimas del loco precisamente. En el mismo cajón donde Dance los había guardado hallaron también distintas pertenencias de las desgraciadas que había inmolado.

—Eso termina con toda posible duda —rezongó Drake.

No pudo ocultar el alivio que el hallazgo le produjo. Poco más tarde, ambos policías emprendieron el camino de la central para informar debidamente al gruñón capitán Gibson.

El caso había terminado.

¿O no?

CAPÍTULO IV

Una semana después del tiroteo, cuando los periódicos comenzaban a dar al olvido el sensacional caso y la gente volvía a transitar por las noches sin aprensión alguna, Drake Bannon estaba sentado detrás de su mesa, con aire ausente, mientras en la palma de su mano hacía saltar distraídamente un pequeño objeto rojo que destellaba como una diminuta llama.

Keyse entró y fue a sentarse en la silla, chupó de su cigarrillo y sus ojos cayeron sobre el pequeño objeto que saltaba en la mano del teniente.

—¿Todavía guardas eso, Drake? —exclamó—. Creí que te habías olvidado por completo de todo el maldito asunto.

—No puede olvidarse tan fácilmente una cosa semejante. Fue una lástima que hubiera que matar a Dance...

El sargento entrecerró los ojos. Conocía demasiado bien a su amigo y superior para no comprender que algo insólito estaba dando vueltas por su mente metódica y calculadora.

—¿Qué te preocupa, Drake? El caso está cerrado y has recibido infinidad de felicitaciones. Incluso los periódicos se han puesto al lado de los pobres polizontes.

Ha faltado poco para que nos nombrasen hijos adoptivos de la ciudad o algo así. ¿Qué demonios pasa con ese gemelo?

—¿Por qué estaba en el jardín, Keyse?

El sargento respingó estupefacto.

—¡Vaya preguntita! —exclamó—. Porque alguien lo perdió allí.

—¿Quién?

—Ese tipo... Abbot, creo que se llama. El individuo a quién su mujer le regaló el par de gemelos en el primer aniversario de su boda.

—Seguro. Pero, ¿cómo lo perdió en aquel jardín desalquilado, abandonado por completo?

—La has cogido buena con esa pregunta, Drake... ¿En qué estás pensando?

—En nada determinado. Pero me gustaría haber interrogado a ese tipo... Duncan Abbot, acerca de ese gemelo.

—¿Por qué?

Drake se encogió de hombros.

—Tal vez porque aquella mujer todavía no ha sido identificada, o quizá porque fue muerta con algunas variantes respecto a las anteriores víctimas del loco Dance. Fíjate: en primer lugar, la estrangularon con un alambre, cuando en las anteriores víctimas utilizó sus manos,

excepto en una, que aprovechó el pañuelo de seda que la muchacha llevaba al cuello. En segundo lugar, Keyse, la muchacha del jardín, no tenía ni un rasguño, ni una huella de golpes. Y tú sabes perfectamente que en todas las anteriores, Dance las golpeó brutalmente, arañándolas de manera salvaje… ¿Por qué en la del jardín no hizo lo mismo?

—Cualquiera sabe lo que piensa un tipo chiflado como ese… Pero, ¿es que pretendes decirme que había «dos» asesinos en lugar de uno?

Bannon levantó la cabeza y sus ojos agudos se clavaron en la cara de su amigo.

—¿Y por qué no? —murmuró.

Keyse llevóse las manos a la cabeza, desesperado.

—Pero, ¡estás loco! Este es un caso resuelto y archivado. Carpetazo y a esperar otro embrollo. ¿Por qué te empeñas en darle vueltas a una cosa tan absurda? Drake, por favor…

—Deja de hacer teatro, Keyse. Ese gemelo quiere decimos algo. Solo tenemos que comprender su lenguaje mudo. Y su presencia en aquel jardín, roto… y la muchacha asesinada de manera distinta a las demás… Te doy mi palabra de honor que no estoy satisfecho.

—Al demonio contigo, Drake. ¿No tienes nada mejor en que ocupar tu tiempo?

—No hay otro trabajo por el momento. Quizá tuviera oportunidad de hablar con ese Duncan Abbot si tú quisieras quedarte aquí, en mi lugar. ¿Qué te parece?

—Una estupidez monumental.

—Incluso así, ¿quieres quedarte?

Keyse se rascó la nuca, perplejo. No podía comprender aquella tozudez de Bannon en darle vueltas a una cosa que estaba enterrada definitivamente, solucionada y olvidada por el Departamento de Policía.

—Está bien, Drake, de acuerdo. Pero insisto en que pierdes lastimosamente el tiempo. Además, te expones a que se desencadene un buen jaleo si Abbot presenta una querella contra ti por molestarle sin derecho alguno.

—Correré el riesgo.

Keyse hizo un gesto de desaliento.

—Allá tú. Por mí parte, el caso está liquidado.

—Gracias, muchacho. Y no digas una palabra a nadie sobre eso.

Keyse asintió con un gesto, mientras Bannon se precipitaba a la puerta, encasquetándose el sombrero de un manotazo.

Las señas que tenía como pertenecientes a Duncan Abbot correspondían a una casa de magnífico aspecto, bien cuidada y que no debía contar con más de cinco o seis años. Un jardín bien atendido la rodeaba, y al adentrarse por el sendero, el teniente descubrió una gran piscina a un lado de la edificación.

Fue una mujer quien le recibió. Se fijó en la dureza de sus rasgos, en la mirada diamantina de sus ojos color de ágata y el pliegue seco y voluntarioso de sus labios.

—¿Qué desea? —le espetó con voz que semejaba el chirrido de una sierra.

—Busco al señor Abbot... Duncan Abbot.

—Es mi esposo. ¿Para qué quiere verlo?

—Deseo tratar un pequeño asunto personal con él. Por favor, ¿podría usted avisarlo si fuera tan amable?

—¿Le conoce él a usted?

—Me temo que no.

—Mi marido no recibe a desconocidos, y menos en nuestro domicilio privado. Buenas tardes...

Hizo ademán de cerrar la puerta. Bannon tuvo el tiempo justo de introducir el pie para impedir que le diera con la puerta en las narices y gruñó:

—No se precipite, señora. Creo que no me ha dejado explicar con detalle...

Sacó su credencial y la mostró a la iracunda dueña de la casa.

—¿Un policía? —se asombró.

—Teniente. Bannon, señora.

—Bueno, ¿qué tiene que tratar un policía con mi esposo?

—Eso prefiero discutirlo con él personalmente. ¿Quiere tener la amabilidad de llamarlo?

—Está muy ocupado. Yo le atenderé a usted o...

Bannon suspiró fastidiado.

—Señora, quizá no me ha entendido usted. Es con el señor Duncan Abbot con quien quiero hablar, ahora y aquí. ¿O prefiere que se le cite por conducto normal y tenga que acudir a la central? Si lo quiere así, por mí no habrá inconveniente.

Eso la hizo titubear. Sus ojos chispeaban, indignados. A Drake Bannon se le antojó un «estallido de rabia» concentrado en el delgado cuerpo de una mujer huesuda y desagradable. Empezó a sentir cierta simpatía por el marido de tan arisca dama.

—Está bien —concedió ella, conteniendo su furia—; voy a llamar a mí esposo, pero me quejaré donde sea preciso de su arbitraria conducta.

—Está usted en su derecho de hacerte, señora.

Ella giró sobre los talones y le dejó solo. Hasta su manera de andar era altiva y rígida.

Aprovechó la espera para dar un vistazo a su alrededor. Reinaba un lujo confortable y bien equilibrado en todos los detalles, incluso en los cuadros que colgaban de las paredes. Calculó que era necesaria una gran cantidad de dinero para mantener semejante palacio.

Duncan Abbot sorprendió al policía con su presencia. Era un

hombre de unos cuarenta años, alto y bien proporcionado, de orgullosa cabeza, en la cual los años habían impreso un aplomo agradable y seguro. Sus facciones eran de una corrección poco común, con ojos inteligentes, boca firme y mentón pronunciado. Tenía una sonrisa fácil, un tanto pálida, como si con ella tratase de esconder algún oculto pesar.

A su lado, la mujer se veía más desgarbada y carente de encanto todavía. No parecía haber mucho en común entre la pareja.

—Dice mi esposa que desea usted verme, oficial...

—Teniente Bannon, señor.

Miró a la mujer, que permanecía al lado de su marido, rígida como un poste, mirándole a él con ojos en los que relucía el desprecio.

—Señora —dijo—, mucho me temo que deberá usted dejarnos solos. La entrevista es con su esposo, tal como le he anunciado antes.

—Lo que tenga que discutir con él puedo escucharlo yo. Tengo perfecto derecho a ello.

—Puedo asegurarle que si solicitamos su presencia en la central no podrá usted asistir a la entrevista. Por favor, ¿quiere dejarnos solos?

—Estoy tentada de llamar a nuestro abogado para que le arroje de aquí a puntapiés, señor policía.

El marido, un tanto apurado, intervino:

—El oficial tiene razón, Martine. Déjanos solos, por favor.

—No sin saber de qué se trata todo esto.

—Unas simples preguntas de rutina —insistió Bannon, fastidiado.

Ella titubeó. Sus ojos, como chispas, iban de un hombre a otro como si quisiera adivinar qué se traían entre manos.

—Está bien —accedió al fin—. Pero repito que eso es un atropello incalificable. Presentaré una queja a las autoridades y...

—Por favor, querida.

Salió de la estancia, demostrando con su actitud el desprecio que le merecía el visitante, y quizá hasta su marido.

Duncan Abbot no pudo contener un suspiro.

—No debe tomárselo en cuenta, teniente. Es una mujer muy impulsiva.

—Ya me he dado cuenta —Bannon echó mano al bolsillo y sacó los dos trozos de gemelo, que mostró a su interlocutor—. ¿Conoce, por casualidad, este objeto, señor Abbot?

El hombre se inclinó sobre la mano tendida del policía. Este captó el súbito interés que despertó en Abbot la vista del gemelo.

—Se parece mucho a un juego que poseo... pero podemos saber si me pertenece sin lugar a dudas. Debe llevar una inscripción...

—¿Esta?

—En efecto. Es mío. ¿De dónde lo ha sacado usted, teniente?

—Un momento. ¿No recuerda usted haberlo perdido?

—No, en absoluto. Además... creo recordar que hace algún tiempo

que no los uso.

—¿Ni tiene usted una idea de dónde puede haberlo perdido?

—Ni la más remota. Todo esto es muy extraño... ¿Cómo ha averiguado usted que me pertenecía, teniente?

—Indagando en las joyerías y grabadores. Alguno tenía que haber hecho esa primorosa filigrana.

—Todo eso le habrá ocasionado un ingente trabajo, lo que me hace pensar que debe tratarse de algo importante lo que me oculta usted. No se habría molestado tanto para devolverme el gemelo simplemente.

—Es cierto. Ese gemelo, roto tal como está, fue hallado en el jardín de una casa desalquilada de Álamo Street.

—Francamente, no comprendo nada.

—En ese jardín se descubrió el cadáver de una mujer, señor Abbot. Su gemelo estaba junto al cuerpo.

—¡Santo Dios! ¿Un crimen?

—Exacto.

—Un momento... leí algo de Álamo Street. ¿No fue allí donde encontraron la sexta víctima del estrangulador? Naturalmente, ahora recuerdo. Y cierto teniente Drake Bannon acabó con el loco criminal... ¿Pretende decirme que ese gemelo estaba junto a la mujer asesinada por el loco?

—Así es, señor Abbot.

—Es increíble. ¿Cómo pudo ir a parar allí?

—Eso me gustaría que me explicase usted. Tenía la esperanza de que recordase dónde lo perdió... Observe que está roto, lo cual induce a creer que se le rompió haciendo algún esfuerzo, o quizá se enganchó en alguna parte.

—Aunque así fuera, yo jamás he pasado siquiera por esa calle. Ni una vez, que recuerde.

—Sorprendente. Veamos, ¿puede comprobar si le queda el otro gemelo, la pareja de este?

—Por supuesto. Aguarde un instante.

Do nuevo, Bannon quedó solo. Reconoció la excelente impresión que le había causado aquel hombre, así como el desagrado que inspiraba su agresiva esposa. Naturalmente, no era su misión analizar las diferencias existentes en aquellos seres. Todo lo que le concernía era seguirle la pista al pequeño objeto que seguía teniendo en la mano. Y todavía eso debería hacerlo con suma discreción si no quería atraerse las iras del capitán Gibson.

Cuando Abbot regresó, su gesto de perplejidad se había acentuado. Llevaba entre los dedos el otro gemelo, que mostró al teniente sosteniéndolo ante su nariz.

—Estaba guardado en el lugar de costumbre —dijo—. Naturalmente, falta la pareja que es ese que tiene usted. No sé qué

pensar.

—Vamos a enfocar el asunto desde otro ángulo. ¿Puede usted recordar dónde estuvo el día cinco de este mes, señor Abbot?

A Bannon le pareció que por los expresivos ojos del hombre pasaba algo semejante a un ramalazo de alarma, como si la mención de aquella fecha despertara en él ocultas inquietudes.

—Por supuesto que podré informarle... déjeme que piense... ¿El cinco ha dicho usted?

—En efecto.

—Sí, ya recuerdo. Ese día estuve fuera de la ciudad. En realidad me marché el día tres y regresé el siete.

—¿Le importaría decirme el lugar donde estuvo usted?

—No veo que eso sea de su incumbencia, teniente. Pero, por supuesto, no tengo nada que ocultar. Los primeros días de cada mes suelo efectuar el mismo viaje a causa de nuestro negocio. Tenemos una gran sucursal en San Diego, de modo que voy allí para controlar la marcha del negocio, revisar las cuentas del mes y comprobar la exactitud de los ingresos. Esa tarea me ocupa siempre tres o cuatro días.

—Ya veo. Creo que eso es todo cuanto tenía que preguntarle por el momento.

Hizo ademán de despedirse. Abbot preguntó:

—¿Va a devolverme ese gemelo roto, teniente? Lo tengo en gran estima por su valor sentimental, usted sabe.

—Por el momento no va a ser posible. No obstante le será devuelto tan pronto termine mis actuales pesquisas.

—Dígame... ¿sospecha usted realmente de mí, teniente?

Bannon parpadeó, un tanto sorprendido.

—Yo no he dicho eso en ningún momento. Por ahora solo trato de despejar algunas incógnitas.

—Pero si esa muchacha fue asesinada por el loco, ¿por qué sigue usted con la investigación?

—Le repito que se trata de simple rutina. Debemos dejar aclarados todos los extremos de un caso antes de archivarlo.

—Comprendo.

—Naturalmente, no debe usted preocuparse en absoluto si me ha dicho la verdad. También por rutina, su declaración será comprobada. Furo trámite, por supuesto.

De nuevo aquella mirada extraña asomó a los ojos de Abbot, cosa que no pasó desapercibida para el teniente, el cual estrechó la mano de su interlocutor y se dirigió a la puerta. Antes de salir, dijo con voz suave:

—Si se le ocurre algo más referente a este asunto del gemelo, señor Abbot, le ruego venga a verme a mí despacho. Podremos hablar con tranquilidad.

—Lo tendré en cuenta, teniente.

Cuando tomó asiento ante el volante de su coche se entretuvo en prender fuego a un cigarrillo. Luego, todavía permaneció unos instantes inmóvil, reflexionando profundamente. No le gustó en absoluto el rumbo que tomaron sus pensamientos. Tampoco le gustaba la mujer de Abbot. Una mujer semejante es capaz de empujar a un hombre a los peores excesos, aunque solo fuera para olvidarla a intervalos más o menos largos.

Condujo de manera instintiva hacia la Central, dispuesto a comprobar la veracidad de las declaraciones de Duncan Abbot. Si era cierto lo que le había dicho abandonaría el maldito asunto, olvidándolo definitivamente.

Se preguntó una vez más si no estaría pasándose de rosca, o haciendo el ridículo con su instinto de sabueso. Luego pensó que la única manera de quedar tranquilo sería comprobando si Abbot había permanecido aquellos días en San Diego atendiendo sus negocios. Eso demostraría la veracidad del hombre. Entonces abandonaría la partida.

CAPÍTULO V

Fue una comprobación sumamente fácil que realizó por teléfono poniéndose en contacto con la policía de San Diego. Ellos destacaron uno de sus detectives, y una hora más tarde Drake Bannon tenía la respuesta.

Duncan Abbot había mentido.

Era cierto que los días tres y cuatro estuvo atendiendo el negocio, como tenía por costumbre todos los meses, pero el día cuatro al anochecer había emprendido el viaje de regreso en su coche, terminado ya su trabajo.

—De manera que yo estaba en lo cierto —refunfuñó, mirando a Keyse como si no lo viera.

El sargento parpadeó.

—¿Respecto a Abbot?

—Ni más ni menos; me obsequió con una sarta de embustes. El día que la muchacha fue asesinada estaba aquí... o por lo menos, «no estaba» donde él afirma que estuvo. ¿Qué te parece?

—Prefiero no opinar todavía, Drake. Esto no me gusta nada. El caso fue cerrado satisfactoriamente. ¿Piensas volverlo a abrir ahora?

—Por lo menos lo intentaré.

—¿Cómo crees que lo tomará el fiscal? Y hay que contar con el capitán también.

—Bueno, tal vez accedan a autorizarme para...

—¿Y demostrar públicamente que se han equivocado, poniéndose en ridículo? Tú estás soñando, amigo.

—Pero supongamos que realmente Abbot mató a la sexta muchacha en lugar de Dance. Pudo hacerlo perfectamente, ¿entiendes? Estaba aquí, perdió uno de sus gemelos... y mató con la seguridad de que la víctima le sería cargada en la cuenta del loco que aterrorizaba a la ciudad. Debió imaginar un crimen perfecto.

—Sin más pruebas que las que posees te estrellarás, Drake. Demonios, no eres ningún novato en estos trotes, sabes cómo se desenvuelven el fiscal y los jefazos. Están saboreando las mieles de un triunfo que los periódicos han aventado elogiosamente. Si ahora empiezan a publicar que metimos la pata, cargándole un crimen en la cuenta de Dance sin que lo cometiera, no les costará nada preguntarse si realmente había cometido los demás. Será una catástrofe, muchacho.

Bannon se encogió de hombros.

—Trataré de hacerlo lo más discretamente posible, Keyse... Sé que debería olvidarlo, pero me despreciaría a mí mismo por hacerlo.

¿Comprendes?

—Sí, claro. Lo malo será que no te comprendan los demás.

Antes que Bannon pudiera replicar, un agente asomó la cabeza por la puerta y anunció:

—Hay un hombre que pregunta por usted, teniente. Su nombre es Duncan Abbot.

—¿Abbot? Demonio, que pase.

Keyse gruñó:

—Ya empieza el jaleo. Va a presentar una querella, como si lo viera.

—Si fuera así no vendría aquí. Habría pasado el asunto a su abogado.

Apenas había acabado de hablar, cuando Duncan Abbot entró, y Keyse se encargó de cerrar la puerta.

—Siéntese, señor Abbot —dijo Bannon—. Este es el sargento Keyse. Supongo que no tendrá usted inconveniente en que escuche lo que desea usted decirme.

—No, si me prometen discreción.

—Por supuesto, puede contar con eso. Siéntese, por favor.

Hubo una pausa embarazosa durante la cual Abbot paseó su mirada sobre el archivador de esquina, la desordenada mesa y cuanto encontró a su alrededor. Keyse miró a Bannon y esbozó una mueca de incomprensión.

Y de repente, Duncan Abbot dijo:

—Le mentí, teniente. Por eso estoy aquí.

—Adelante. Casi esperaba su visita, señor Abbot, pero no tan pronto.

—Me sorprende... Tuve que mentirle... fue una de esas cosas que le atrapan a uno sin que pueda esquivarlas. Mi mujer estaba escuchando detrás de la puerta.

—Comprendo. Déjeme decirle que ya sabía que me había mentido usted. Acabo de hablar con la policía de San Diego. Usted emprendió el regreso el día cuatro por la noche.

—Sí, así fue.

—Es mejor que cuente las cosas a su manera, señor Abbot. Deseo que quede muy claro que todo cuanto diga aquí es por su propia voluntad, yo no le fuerzo a hacerlo en absoluto...

—Puede ahorrarse las formalidades, teniente. Sé cuáles son mis derechos y cuáles sus atribuciones. Pero quiero contárselo todo para evitar peores males, aunque no sé qué persigue usted con todo esto. El asesino murió y no puedo explicarme, ni explicarle, cómo apareció mi gemelo cerca del cadáver de aquella pobre muchacha.

Drake Bannon siguió mirándole sin decir una palabra. Comenzaba a comprender las razones de aquel hombre y se maldijo por simpatizar con él.

—En realidad, es cierto que emprendí el regreso el día cuatro por la noche... pero no volví a casa hasta el siete. Estuve la noche del cuatro y los días cinco y seis en un parador para automovilistas.

—¿Solo?

—No...

—Está bien, no se detenga ahora.

—Quisiera tener la absoluta seguridad de que esto quedará entre nosotros.

—A menos que sea preciso revelarlo en un juicio, cosa muy remota tal como están las cosas.

—No habrá ningún juicio a mí modo de ver.

—Entonces, siga. Soy un hombre muy comprensivo. Esta profesión nos enfrenta con toda clase de problemas y todo lo que hacemos es escucharlos. No podemos permitirnos el lujo de dárnoslas de moralistas.

—Es usted muy amable, teniente... Bien, me reuní en ese parador con una mujer, eso es todo. Pero quiero dejar muy claro que no se trata de una sucia aventura de fin de semana... Ella es... es un sueño maravilloso.

Se interrumpió al enronquecerse su voz. Bannon cambió una mirada con el sargento. Luego murmuró:

—Le comprendo, señor Abbot. Siga adelante.

—Poco más hay que añadir. Desde que conocí a... bueno, a esa mujer, todo cambió para mí. Por eso no pude decirle a usted la verdad en mi casa, porque sabía que mi esposa estaba escuchando detrás de la puerta como tiene por costumbre.

—Una costumbre muy molesta, verdaderamente... ¿Sospecha ella este... enredo suyo, señor Abbot?

—¡Oh, no, de ninguna manera! Tal vea usted crea que mi conducta es inmoral, o incorrecta... ilegal incluso. No se lo discutiré. Pero mi vida fue un infierno hasta conocerla a ella. Mi mujer se convirtió en una insoportable pesadilla. Es increíblemente tenaz, fría como el hielo, y ha hecho de sí misma su único dios. Se adora tanto a sí misma que no le queda una brizna de amor para nadie más.

—Todo esto está perfectamente claro. Me di cuenta de que su mujer no es precisamente amable que digamos. Pero esa situación tiene una fácil salida.

—¿El divorcio? —Abbot habló con amargo sarcasmo—. Nunca me lo concederá. Para ella, yo le pertenezco en absoluta propiedad, igual que posee la inmensa mayoría de acciones del negocio, la casa, la finca de Miami y su «Cadillac» descapotable. Soy una propiedad más en su inventario.

—Ya veo...

—¿Satisface eso su curiosidad profesional, teniente?

—Pues no... no completamente. Sigue sin explicarse la presencia del gemelo al lado del cadáver... Además, todavía no me ha dicho la situación de ese parador, ni el nombre de la mujer que le acompañaba, ni...

—¡Un momento! No puede usted mezclarla a ella en esto. No lo permitiré... ¡De ningún modo, teniente!

—¿No comprende que debo comprobar la veracidad de esta declaración suya, Abbot? Puedo garantizarle la máxima discreción por mí parte, pero...

—¡Ni una palabra más!

Abbot se levantó de un salto, con el rostro congestionado por la indignación. Bannon suspiró.

—Lo hace usted cada vez más difícil. Si esa relación con esa mujer es tal como usted insinúa, ella está enamorada de usted. ¿No es así?

—Tanto como yo de ella.

—En ese caso no tendrá inconveniente en ayudarle a establecer su coartada.

—¿Mi coartada? —estalló el visitante—. ¿De qué infiernos está hablando, para qué necesito yo una coartada?

—Mire, voy a hablarle con entera franqueza. Tenemos fundadas sospechas de que la muchacha del jardín no fue asesinada por el loco a quién maté hace unos días. Pueden achacársele los otros crímenes sin lugar a dudas, pero ese en particular está rodeado de ciertas... digamos anomalías. No encaja en la manera de operar de Eric Dance. Por otra parte, su gemelo apareció junto al cadáver y eso lo convierte a usted en sospechoso. Esta es la situación real, señor Abbot.

—Comprendo. Tal vez he sido un tanto ingenuo al venir aquí...

—Yo no diría eso. Oiga, ¿por qué no le pregunta a ella? Si es cierto que le ama no dudará en ayudarle. Accederá a declarar, confidencialmente, por supuesto.

—Alma no se ha visto nunca envuelta con la policía. Sería demasiado duro para ella.

Bannon cambió una rápida mirada con el sargento Keyse, pero ni así advirtió Abbot el desliz cometido al revelar el nombre de su amada.

—Llámela por teléfono y cuéntele la situación —insistió—. Si ella decide mantenerse al margen, entonces deberé enfocar el caso desde otro ángulo... pero es posible que decida que vale la pena arriesgarse para ahorrarle a usted muchos quebraderos de cabeza.

Abbot estaba sudando. Pequeñas gotas de transpiración se deslizaban por su frente. Sacó un pañuelo y secó el sudor con ademán mecánico.

—No pueden hablarse estas cosas por teléfono —musitó al fin, de mala gana—. Iré a verla y que ella decida. Pero le advierto a usted, teniente, que haré cuanto esté en mi mano para disuadirle, en caso de

que crea que debe declarar.

—Conforme. Esperaré sus noticias, señor Abbot.

El visitante se dirigió a la puerta sin despedirse. Tan pronto hubo salido, el sargento masculló:

—¿Crees que está mintiendo también ahora, Drake?

—No lo sé. Síguelo Keyse.

—¿Qué?

—Síguelo vaya adónde vaya. ¿Por qué demonios crees que le he metido esa idea en la cabeza, sino para tener la oportunidad de seguirle los pasos?

—Se me antoja una jugada muy sucia, Drake...

—¿De dónde sales ahora? ¡Date prisa o lo perderás!

Keyse corrió hacia la puerta refunfuñando. Cuando hubo desaparecido, Drake Bannon encendió un cigarrillo y se recostó en el sillón basculante. Colocó los pies sobre la mesa y exhaló una nube de humo hacia el techo. Entonces se le ocurrió una tardía idea y dejó escapar una maldición, enderezándose de golpe para coger el teléfono de un manotazo.

Consiguió comunicación con el depósito de cadáveres, la tétrica *Morgue,* y cuando tuvo al encargado al habla preguntó:

—¿Guardan todavía a la muchacha hallada en el jardín?

—¿Qué muchacha, teniente? Tenemos todo un surtido de bellezas que...

—¡Al demonio con usted, ave fría! La chica que asesinó el loco... la última.

—Ya recuerdo... Álamo Street Sí, todavía está en la nevera.

—Conforme. Guárdela hasta nuevo aviso.

—¿Por qué? Solo está esperando su turno para ser incinerada si nadie la reclama.

—¡Maldición! —estalló Bannon, ante la imposibilidad de revelar sus verdaderos motivos—. ¡Yo la reclamo legalmente! ¿Está satisfecho ahora?

—Bueno, bueno, no me grite. Se la conservaré tan linda como pueda. Que le aproveche.

—¡Bastardo!

Hubo una carcajada y después un chasquido al cortarse la comunicación. Dejó el auricular y chupó furiosamente del cigarrillo.

Veinte minutos más tarde sonaba el teléfono. La voz de Keyse gruñó a través de la distancia:

—Ya lo tengo, Drake. Weeler Park, 271.

—¿Seguro que se trata de ella?

—Lo he comprobado con los tarjetones de la entrada.

Se llama Dyer, Alma Dyer, y ocupa el apartamento número quince.

—¿Está él ahí ahora?

—Si.

—Está bien, puedes dejarlo. Esperaremos un tiempo prudencial a ver qué deciden. Si no se presenta iremos a interrogarla nosotros.

—De acuerdo, pero se me antoja una jugada sucia, Drake. Ese tipo es decente.

—¿De veras?

Colgó de golpe, refunfuñando. Abrió un cajón del escritorio, tomó el gemelo roto y lo depositó encima de la mesa, contemplándolo como si ejerciera una especial fascinación en él.

Así le encontró el sargento cuando regresó, media hora más tarde.

CAPÍTULO VI

Drake Bannon abrió los ojos, se desperezó y miró al techo. Realmente, debería ordenar que pintaran el apartamento. Estaba demasiado descuidado y él carecía de tiempo para hacerlo. Un hombre solo en un apartamento relativamente grande es un problema.

Sonrió. Algún día debería empezar a pensar en dejar la soledad... Cuando encontrase una muchacha que llenara sus aspiraciones, aunque hasta el momento parecía como si ella no existiera.

Estaba bajo la ducha cuando el teléfono empezó a sonar en la salita. Farfullando maldiciones, Bannon se envolvió en la toalla de baño y fue a contestar.

—¡Habla, Drake Bannon! ¿Quién...?

—Acertaste, muchacho —gruñó Keyse por el teléfono—. Está aquí.

—¿Quién está dónde?

—Alma Dyer. Espera en tu despacho. Se ha negado a hablar con nadie que no seas tú.

—¡Diablos! ¿Ha acudido sola?

—Si.

—Eso quiere decir que Abbot no sabe una palabra de su visita, de lo contrario la hubiera acompañado. ¿Qué tal es, Keyse?

—Bueno, no es que yo entienda mucho de estas cosas, pero yo diría que puede ser considerada la octava maravilla del mundo.

—¡No me digas!

—Ya la verás. Es decir, si te apresuras. No va a esperar toda la tarde.

—Está bien, retenía todo lo que puedas.

Colgó y corrió a vestirse. Le había entrado una gran curiosidad por conocer a aquella dama que tanto había entusiasmado al sargento.

Acababa de sujetarse la funda del revólver en el cinto cuando alguien llamó a la puerta tímidamente. Contrariado, enfundó el revólver y acudió a abrir.

Casi dio un salto atrás al ver a la muchacha. Ella le miraba con unos grandes ojos azules sombreados por largas pestañas. Tenía unos labios gordezuelos que temblaban en aquellos instantes. Confusamente, Drake se fijó en que el cuerpo era un dechado de formas armoniosas. Luego balbuceó:

—Creo que se ha equivocado de apartamento...

—¿Usted es Drake Bannon?

—Sí, pero...

—¿Teniente de policía?

—Efectivamente.

—Entonces es a usted a quién busco.

Decididamente, cruzó el umbral colándose al interior Al pasar junto al policía, este aspiró el suave aroma que se desprendía de ella, un hálito sutil que le turbó sir saber exactamente por qué.

—¿Cómo ha averiguado mi domicilio, señorita...?

—Laurie... Dyer.

—Dyer... ¿Tal vez es hermana de Alma Dyer?

—Si.

—Está bien, temo que no pueda dedicarle mucho tiempo. Precisamente acaban de avisarme que su hermana está esperándome en mi despacho.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

—Sigo sin comprender sus propósitos, señorita.

—He averiguado su dirección mintiéndole al sargento de servicio de la central... el que está en el primer rellano de la escalera. ¿Cree que he hecho mal?

—Demonios, no puedo perder el tiempo analizando esta cuestión ahora. ¿Por qué tenía tanto interés en verme... precisamente aquí?

—Primero, deseaba saber la clase de hombre que es...; luego, quería rogarle que no prosiguiera sus pesquisas en torno a mí hermana. Ella... ya sufrió demasiado.

—¿Cómo es eso?

—En su matrimonio. Se casó muy enamorada. La cosa no duró ni seis meses. El resultó un perfecto crápula, un pillo con todas las agravantes. Solo quería apoderarse del dinero de Alma. Se divorció y él fue condenado poco después por estafa.

—Ya veo... ¿Le ha hablado ella de que iba a verme?

—No. Pero estuve presente cuando Duncan le contó la situación. Pero él insistió en que Alma se mantuviera al margen del asunto. Le hizo prometer que no haría nada sin consultárselo a él. Luego, Alma quedó tan inquieta que esta mañana, sin decírselo a Duncan, ha decidido ir a declarar voluntariamente.

—Y por eso ha venido usted...

—Así es. Adoro a mí hermana, ¿comprende? Si sus relaciones con Duncan se hacen públicas sufrirá de nuevo terriblemente. Y no quiero ni pensar en lo que hará la arpía que Duncan tiene por esposa. Es capaz de todo para vengar su orgullo.

—Usted parece conocerla muy bien...

—Jamás la he visto. Pero he oído a Duncan hablar de ella, y otras amistades comunes me han informado al respecto. Sé la clase de mujer que es.

Drake estaba asombrado. No podía apartar su mirada del bello rostro de la muchacha. Le calculó unos veinticinco años y se admiró de la decisión de que daba muestras.

—¿Aprueba usted los amores de su hermana con Duncan Abbot?

—¡Ya lo creo! —exclamó—. Él es un caballero. Estoy segura que es el único hombre capaz de hacer feliz a Alma...

—Comprendo. Y bien, ¿qué espera de mí concretamente?

—Yo... solo deseaba hacerle comprender la importancia que la discreción tiene para la vida de Alma. Reconozco que no es usted como le imaginaba, y me alegro de ello.

—¿Cómo me imaginaba usted, con cuernos y rabo tal vez?

La muchacha rio por primera vez. Luego murmuró:

—No llegaba a tanto, pero estaba segura de tropezar con uno de esos policías brutales que salen en el cine y que leemos en las novelas policíacas. Un hombre sin tacto, poco inteligente y de trato zafio y desagradable...

—Pues es todo un retrato. ¿Dónde diablos ha visto usted un policía semejante?

—Era mi idea de... de usted.

—¿La ha variado al conocerme?

—Por completo. Ahora sé que no perjudicará a mí hermana... ¿No es cierto, señor Bannon?

—No tengo ningún interés en causarle problemas. Ya advertí a Abbot que trataría este asunto con suma discreción, considerándolo confidencial. El debió creerme en lugar de desconfiar.

—Duncan se limita a defender su amor.

—Sí, claro... ¿Qué días estuvo ausente su hermana? Porque supongo que viven juntas.

—Ocupamos el mismo apartamento. Y ella se marchó el día cuatro por la tarde.

—¿Le dijo a usted que iba a reunirse con Duncan?

—No necesitaba decírmelo. Lo adiviné tan pronto vi su felicidad, y los preparativos... Las mujeres intuimos estas cosas.

—Está bien, no voy a interrogarla a usted ahora. Pero debo acudir a mí despacho o su hermana se impacientará. ¿Me permite acompañarla a su casa, si no ha venido en coche?

—He tomado un taxi. No conocía esta parte de la ciudad.

—Bien, entonces puedo dejarla en su casa, de paso para la central.

Tras un ligero titubeo, Laurie asintió con una sonrisa que hizo estremecer al policía.

En el coche, ella guardó silencio unos minutos. Y de repente murmuró:

—No lo comprendo, señor Bannon; usted me ha desconcertado.

—¿De veras? —rio él.

—Por completo. Es usted educado y amable, sus ojos miran de frente, con sinceridad... casi acariciantes. Y no obstante, es un policía que hace pocos días mató a un hombre.

El apretó las mandíbulas.

—¿Cree usted que le gusta a un policía tener que matar?

—Ya supongo que no... ¿Había matado a alguien antes... antes de...?

—Dos veces. En dos atracos precisamente. Fue inevitable, usted sabe. La segunda vez me hirieron. En el pecho.

Habló como a regañadientes. Laurie suspiró.

—Comprendo. No debí hacerle esas preguntas.

—No importa. No es una profesión cómoda o agradable la mía.

—¿Se ha puesto serio, señor Bannon?

—Tal vez. Pero deje de llamarme señor Bannon. Me hace sentirme como si fuera su abuelo. Llámeme Drake, como todo el mundo.

Ella le miró fugazmente.

—Conforme, Drake... ¿Sabe? Hasta ese nombre suena rotundo, duro... y usted no lo es.

—No quiera ponerme a prueba.

—Me gustaría.

—¿Qué?

—Ponerle a prueba.

Desconcertado, él volvió la cabeza. Tropezó con los profundos ojos de ella clavados en su rostro y casi perdió el control del auto.

—Creo que no la entiendo, Laurie —balbuceó.

—Qué torpe es, para ser policía.

—Ya veo... quiere reírse de mí, ¿eh?

—No.

—¿Entonces?

Por toda respuesta, ella siguió mirándole con una lucecilla relampagueando en el fondo de sus pupilas. Y de pronto él comprendió, y apenas pudo dar crédito a su suerte.

—Si no está burlándose de mi —dijo, vacilante—. ¿Qué contestaría si la invitara a cenar conmigo esta noche?

—Tendría que pensarlo...

—Claro, comprendo.

—Necesitaría por lo menos un par de minutos para decidirme. Solo para guardar las apariencias, usted sabe.

—¡Demonios! ¿Habla en serio?

—Nunca he cenado con un rudo policía de la brigada más temida de la ciudad. Será una experiencia nueva.

—Y podrá ponerme a prueba al mismo tiempo.

—Si. Le esperaré a las ocho. Vivo en...

—Sé donde vive. Conozco el domicilio de su hermana desde ayer por la tarde.

Ella no pudo contener una exclamación de asombro.

—¿Desde ayer? Entonces... ¿por qué no vino a interrogarla?

—Quise darles una oportunidad, a Duncan Abbot y a ella, eso es

todo.

—Me desconcierta usted cada vez que… No importa, ahora creo que le comprendo un poco más. Me gustaría cenar con usted.

Bannon parpadeó.

—¿Siempre habla usted con esa franqueza a los hombres, Laurie?

—¡Qué va! ¿Cree que soy tonta? Eso depende del hombre… Por lo general, hay que darles la impresión de que vencen barreras infranqueables, para que su orgullo quede en buen lugar. Necesitan sentirse terribles conquistadores. Pero con usted es diferente. Estoy segura que no valen esas triquiñuelas.

Él se echó a reír. Rio inconteniblemente ante el descarado desparpajo de la muchacha. Un instante después, ella le hizo coro y estuvieron riendo un buen rato como dos chiquillos.

Cuando acercó el coche a la acera, frente al edificio donde estaba el apartamento de las dos hermanas, Bannon dijo como despedida:

—Esta noche a las ocho. Contaré cada hora.

—Un buen galanteador habría dicho cada minuto.

—Eso sueña ridículo, ¿no cree?

—En usted sí. Hasta luego, Drake.

Abrió la portezuela. Tras una profunda aspiración el teniente murmuró:

—Cuando se despida de mí esta noche, Laurie, le pediré que me bese. Para entonces habré adquirido ciertos derechos de conquista.

—Creo que los ha adquirido ya, tonto.

Inclinándose, sus labios cayeron sobre los del policía y ardieron allí un largo instante. Cuando se apartó, sonriendo, él no acertó a pronunciar una palabra, limitándose a verla marchar a través de la acera como si estuviera sumido en un profundo trance.

Solo cuando ya la muchacha había desaparecido estalló:

—¡Inflemos, qué chica!

Apartó el coche de la acera. Lo hizo demasiado bruscamente y los neumáticos chillaron con violencia sobre el asfalto. Bannon empezó a silbar lleno de una euforia desconocida.

Y así llegó a la central.

CAPÍTULO VII

Alma Dyer se parecía a su hermana. Tenía su misma hermosura, un cuerpo de formas perfectas y se desprendía de ella el mismo encanto y la misma fascinación que, según opinión de Bannon, emanaban de la grácil figura de Laurie.

La única diferencia estribaba en que, siempre según opinión del teniente. Alma era más mujer, tenía más aplomo en sus ademanes. Los pocos años que le llevaba a su hermana habían dejado en ella esa impronta de personalidad ya formada, segura de sí misma y que sabe perfectamente lo que quiere.

Después de escucharla, la estuvo contemplando unos instantes en silencio. En definitiva, pensó, confirmaba en todos los detalles lo declarado por Duncan Abbot.

Al fin, Bannon dijo:

—El señor Abbot no sabe que está usted aquí, ¿no es cierto?

—No. Él no quería que viniera. Pero opino que si nos amamos debemos ayudarnos uno al otro, no importa con qué consecuencias.

—Comprendo. He conocido a su hermana hace menos de una hora.

—¿A Laurie? —exclamó Alma, estupefacta.

—Ha venido en mi busca. Ella tenía la idea de que yo era una especie de ogro que la haría a usted pedazos. Quería impedirlo.

—Esa locuela...

—Es una gran chica, según mi modesta opinión. Y ahora, señorita Dyer, creo que ya no queda nada más por discutir. Solo dígame el nombre de ese parador y su situación, para confirmar sus declaraciones.

—No confía usted en nadie, ¿verdad, teniente?

—Es mi trabajo.

—Sí, claro... El parador es el «Pine Valley». Está a cuatro o cinco millas de Oceanside, en la carretera del interior.

—Eso es todo, entonces. Confío en que no será necesario utilizar sus testimonios en este caso. Realmente, no tengo ningún interés en que esto se complique más de la cuenta.

—Sea donde fuere, teniente, estoy dispuesta a declarar en favor de Duncan.

—¿Incluso públicamente?

Ella levantó la cabeza. Le miró con un brillante desafío en sus hermosos ojos.

—Incluso públicamente —afirmó con voz rotunda.

—Debe usted amar mucho a ese hombre, ¿no es cierto?

—¿Por qué ocultarlo? Sí, le amo. Él no merece sufrir la vida que

soporta al lado de esa... de su mujer. En cierta forma, su situación actual es la misma que padecí yo en mi matrimonio, excepto que tuve la suerte de poder librarme de semejante pesadilla con un divorcio fácil. Todo estaba tan claro a mí favor que el juez no dudó ni un segundo.

Bannon asintió con un gesto, cuando ella ya se levantaba. Pocos instantes después, Alma Dyer había salido del despacho y el teniente quedaba diciéndose que no había adelantado un paso. Estaba seguro que en el parador indicado por ella confirmarían la estancia de la pareja durante los días que habían confesado haber estado juntos.

Estaba pensando en todo esto cuando se abrió violentamente la puerta y Duncan Abbot entró, pálido de ira y seguido del sargento Keyse, que no había conseguido pararlo.

—¿Dónde está? —estalló, plantándose ante la mesa de Bannon.

Este le miró con calma.

—¿Se refiere a Alma Dyer?

—¡Por supuesto!

—Acaba de marcharse, señor Abbot. Y permítame decirle que fue usted un tonto al impedirle declarar. Es una gran mujer.

—No me descubre nada nuevo, pero yo no quería que se viera envuelta en este asunto... Si se hiciera público...

—Ella está dispuesta a afrontar todas las responsabilidades, incluso públicamente.

—¡Pero yo no lo consentiré! ¿Entiende?

—Está bien, cálmese. Solo ha prestado declaración. Y ya que estamos en eso, amigo, le diré que ella tiene mucho más sentido común que usted.

—Presumo que usted considera sentido común correr el riesgo de echarlo todo a rodar, a causa de ese ridículo asunto...

—Yo no lo calificaría de ridículo, amigo. El hecho incuestionable es que un gemelo suyo, roto, apareció junto al cadáver de una muchacha asesinada. Todavía no sabemos cómo fue a parar allí, y usted no parece tampoco poder ayudamos a aclararlo. ¿No es así?

—No tengo la más remota idea de cuándo perdí ese gemelo ni dónde. Ya le dije eso mismo cuando hablamos aquí la primera vez. Tampoco recuerdo cuándo lo utilicé, ni si lo guardé después o no.

—Pensando en eso, resulta un tanto sorprendente, señor Abbot. Por lo general, si uno se quita la camisa y encuentra que le falta un gemelo, lo advierte, sorprendiéndose. En cambio, usted parece ser que no se da cuenta que...

—Nunca quito mis gemelos de las camisas. Es mi mujer quien lo hace, al retirarlas para ser lavadas. Y desde el momento que ella tampoco advirtió la falta da ese gemelo resulta inútil romperse los sesos tratando de pensar en algo inexplicable.

—De acuerdo, de acuerdo, está usted demasiado excitado, señor

Abbot. ¿Sabe usted? Después que salió de aquí ayer, tuve una idea... Mejor dicho; pensé que había cometido un descuido muy grave que vamos a reparar ahora mismo. Va usted a acompañarme a la *Morgue*.

—¿Qué?

—Deseo que vea usted a la muchacha que hallamos en el jardín, junto a su gemelo. Solo por si da la casualidad de que la conoce.

—¿Qué demonios está tramando, teniente? No puedo conocer a esa chica, sea quien fuere. La mató un loco homicida, un hombre irresponsable de sus actos, lo que quiere decir que no se guio por ninguna razón determinada en la elección de sus víctimas, sino que las escogió al azar. ¿Cómo podría conocerla?

—No me lo pregunte a mí; solo se trata de una formalidad legal que quiero cumplir.

Bannon se levantó del sillón, rodeó la mesa y esperó a que su visitante estuviera dispuesto a salir. Keyse, a un lado de la puerta, mantenía un rostro perfectamente inexpresivo. Dijo:

—¿Debo ir contigo, Drake, o espero aquí?

—Quédate aquí por si hay alguna llamada urgente. Regresaré tan pronto hayamos visto ese cadáver.

—Bien.

Duncan Abbot abandonó el despacho con rostro ceñudo. Consideraba un atropello el hecho de que le obligasen a enfrentarse con un cadáver con el cual no tenía nada que ver.

—Presentaré una queja sobre su conducta, teniente —decidió de repente, cuando ya estaban fuera del edificio policíaco—. Me presenté a usted voluntariamente, contando con su discreción y comprensión...

—Y la ha hallado —le atajó Bannon secamente—. Todo lo que le pido es que eche un vistazo a ese cadáver antes de abandonar el asunto definitivamente. En cuanto a la queja contra mí, no puedo impedírselo, pero solo hará que se complique más usted mismo.

El encargado del depósito de cadáveres enarcó las cejas al ver al teniente.

—¿Viene a ver a su protegida, Bannon? —rio, saliendo de detrás de su pupitre.

—Seguro. Ese caballero quiere echarle un vistazo.

—Le aseguro que está tan presentable como...

—¡Cierre el pico! —exclamó el teniente.

—Está bien, no se altere... Síganme.

Duncan Abbot sintió que se le oprimía el estómago ante la helada atmósfera del interior. También le sobrecogió la espeluznante indiferencia del guardián, y sus comentarios burlones referentes a los cadáveres. Y luego, cuando se detuvieron ante uno de los nichos de la inmensa cámara frigorífica, sintió que sus piernas flaqueaban.

—Esta es —anunció el encargado—. Espero que sea identificada o

que me dejen sacarla de una vez. Necesitamos el espacio cuanto antes. Tengo otros «clientes» esperando para entrar en la heladera.

—Otro comentario semejante y le haré tragar los dientes, Bill.

Se rio. Tiró de la anilla y la camilla metálica se deslizó silenciosamente sobre sus rieles. La figura humana que contenía estaba cubierta por una sábana. El encargado la corrió hasta la mitad del pecho de la mujer, mostrándola desnuda y con la señal del alambre en la garganta.

—Mírela, señor Abbot. ¿La ha visto usted alguna vez?

Abbot avanzó hasta colocarse al lado de la camilla. Se forzó a sí mismo a mirar aquel rostro cerúleo. Hubo una contracción en todos sus músculos, mientras los ojos amenazaban con saltarle fuera de las órbitas.

Bannon respingó al advertirlo, pero antes que pudiera hacer una sola pregunta, Abbot gimió:

—¡Dios santo, Linda!

Entonces, las rodillas le fallaron y se desplomó como herido por un rayo.

CAPÍTULO VIII

Entre el encargado y Bannon trasladaron al inanimado Abbot hasta un pequeño despacho de blancas paredes, donde lo dejaron sentado en una butaca metálica. El guardián dijo:

—¿Sabía usted que el tipo conocía a la chica, Bannon?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo ha traído aquí?

—Para satisfacer una corazonada, si esa explicación le sirve para cerrar la boca. Busque algo para reanimarlo, en lugar de perder el tiempo en comentarios inútiles.

—Todo lo que tengo es media botella de *whisky*.

Salió apresuradamente en busca del licor. Drake encendió un cigarrillo y se paseó por la reducida estancia, impaciente para interrogar de nuevo a Duncan Abbot.

Cuando el encargado regresó con la botella, Bannon vertió una buena dosis en la boca del inconsciente, levantándole la cabeza y obligándole a engullirlo. Abbot empezó a toser. Le hizo tragar otro trago y tras esto bebió él directamente de la botella, ante la alarma del guardián, quien se apresuró a arrebatarle el licor.

—Hay un bar a la salida, maldita sea —protestó—. Este está reservado para casos de urgencia.

—Este lo es. Y ahora lárguese de aquí. Quiero hablar a solas con nuestro amigo.

Abbot recobraba el sentido lentamente. Al fin abrió los ojos y parpadeó ante la blancura que le rodeaba. Un largo gemido escapó de sus apretadas mandíbulas. Bannon dijo:

—Trate de calmarse y no empiece con las náuseas. ¿Se siente con fuerzas para hablar?

—Creo que sí.

Le ayudó a enderezarse. Abbot se recostó contra el respaldo y echó la cabeza hacia atrás, manteniendo los ojos cerrados. En esa misma postura, murmuró:

—Es usted un hijo de perra, teniente. Debió prevenirme... en lugar de enfrentarme con ella de ese modo.

—¿De qué está hablando?

—Usted sabía quién era y no ha dudado en ponerme ante el cadáver.

—¡Infiernos con lo que sale ahora! ¿Cómo iba a saber quién era la chica si nadie la identificó?

Abbot abrió los ojos.

—¿Está diciendo la verdad?

—Por supuesto. Y todavía espero que usted me aclare ese misterio. ¿Quién es la chica?

—Linda Loeb... mi cuñada.

Drake pegó un salto.

—¿La hermana de su mujer?

—Eso he dicho.

—¡Por todos los demonios! Ahora es cuando no entiendo nada. ¿No sabían ustedes que ella había desaparecido? Hace bastantes días que está en el depósito.

—Linda era mayor de edad y le gustaba viajar. Estábamos convencidos que se encontraba en México. Las últimas noticias que recibimos de ella procedían de la capital mejicana...

—¿Cuándo recibieron esas noticias?

—No sé... hace un mes aproximadamente.

—¿Y no les avisó de su regreso?

—En absoluto.

—¿Viajaba en coche tal vez?

—Poseía un «Corvette» deportivo rojo, pero no sé si se lo llevó o no. Ya le he dicho que su vida era totalmente independiente. Solo imaginar que tendré que decírselo a mi mujer me pongo enfermo.

—Deberá saberlo sea como fuere... ¿Se le ocurre a usted por qué alguien decidió matarla?

—Hace usted preguntas idiotas, teniente. ¿Cómo puedo saberlo? Un loco mata por instinto. Le tocó a ella cómo pudo tocarle a otra desgraciada que se hubiera cruzado en su camino.

—¿Y el gemelo?

—¿Qué?

—Ese crimen no lo cometió Eric Dance. Hasta ahora tenía, mis dudas al respecto, pero estas se han disipado. Estoy seguro que no fue el crimen de un loco, sino de un bastardo perfectamente cuerdo y muy listo. Y seguimos sin saber por qué razón apareció su gemelo... o quizá podamos deducirlo ahora... Era la «salida de reserva», el escape.

—No entiendo nada... ¡Dios! ¿Cómo puede pensar que alguien cometió el crimen premeditadamente?

—Precisamente porque se tomó la molestia de hacerlo de modo que le fuera achacado al loco que estaba sembrando de cadáveres la ciudad. Y, por si ese ardid le fallaba, se preocupó de dejar una pista que debería llevarnos hasta usted, señalándolo como sospechoso ideal. Lo que él no pudo prever fue que usted tendría una coartada a prueba de bomba... Es decir, si el parador confirma las declaraciones de ustedes...

—Las confirmará sin la menor duda.

—Bien, eso le salva a usted de verse enredado en una acusación de asesinato en primer grado. Y ahora que se me ocurre, ¿qué motivo

podía tener usted para matarla?

—¡Oiga, maldita sea…!

—No se altere. Si alguien pensó que con el gemelo le relacionaríamos con el crimen, debió estar seguro que encontraríamos un perfecto motivo para cargarle el mochuelo. ¿Qué motivo, señor Abbot?

—No lo sé… ¡No lo sé! Ni siquiera puedo pensar con sentido común. Creo que va a estallarme la cabeza en cualquier momento.

Como si no le hubiera oído, Bannon prosiguió:

—Debe existir un motivo… ¿Qué me dice del dinero de su cuñada? Por lo que entiendo, ella poseía capital propio para dedicarse a vivir su vida, y a viajar. ¿Quién hereda ahora todo eso?

—Estaba en buena posición, por supuesto. Pero hasta dentro de un par de meses no entraba en posesión de su fortuna. Algo más de un millón de dólares.

Bannon no pudo contener un silbido de asombro.

—De modo que más de un millón… ¿Cómo es eso, señor Abbot?

—Bien, en realidad no conozco todos los detalles. Se trata del testamento del padre de mi mujer; y de linda, claro… Era un hombre excéntrico y dejó dispuesto que ninguna de sus hijas entraría en posesión del dinero en metálico hasta transcurridos cinco años de su muerte. Pero les dejó su industria para que pudieran vivir con decoro. De ese negocio es de donde procede el dinero de las dos hermanas.

—¿Se trata de la industria que dirige usted, esa que tiene una sucursal en San Diego?

—Efectivamente.

Los ojos fríos del policía no se apartaban del rostro alterado de Duncan Abbot, inquietándole a cada instante que pasaba.

—Habiendo muerto ella, supongo que ese millón lo heredará ahora su esposa, ¿no es así, señor Abbot?

—No cabe duda. No existen más parientes, que yo sepa.

—¿También su mujer debe heredar una parte igual a la de su hermana, o sea un millón?

—Exactamente. Pero no puedo estar seguro de la cantidad. Puede que sea algo más o un poco menos.

—Eso no importa ahora. Presumo, por la manera de descubrir a su cuñada, que ella no estaba casada, ¿verdad?

—No.

—Sin embargo, llevaba en el dedo un anillo de compromiso. ¿Sabe usted algo de eso?

—Me sorprende… Aunque en realidad, jamás me fijé en sus joyas. No recuerdo haberle visto ese anillo.

—¿Vivía con ustedes cuando estaba en la ciudad?

—No. Poseía un apartamento propio en Market Road, en Santa

Mónica.

—Daremos un vistazo por ese apartamento. Y ahora, será mejor que salgamos de aquí. Deberá usted firmar en el registro conforme ha identificado el cadáver. Por otra parte, quiero que dé un vistazo a las pertenencias que encontramos en el bolso de su cuñada. Solo como formalidad, ¿entiende?

—Todo lo quiere usted como simple formalidad... También era una formalidad la identificación del cadáver... Dígame, teniente; todo eso, ¿obedece a que sospecha de mí?

—Usted sería el sospechoso ideal si no tuviera esa coartada. Claro que todavía no la hemos verificado, pero lo haré hoy mismo para saber a qué atenerme respecto a usted. ¿Se inscribió con su verdadero nombre?

—Si.

—¿Tiene una fotografía de Alma Dyer?

—¿Para qué la quiere?

—He de mostrarla a los empleados del parador... No tema, no la soltaré, ni la tocarán otras manos que no sean las mías si es eso lo que le preocupa.

—Quien me preocupa es usted precisamente, Bannon. Pero no importa; ya no puedo volverme atrás. Le facilitaré una fotografía de Alma.

Abandonaron la *Morgue* en silencio, después que Abbot hubo firmado los documentos del caso. También advirtió al encargado que se harían cargo del cadáver él y su esposa tan pronto les fuera permitido por la policía, y después de esto pareció sentirse más calmado.

Poco después, en la oficina del teniente, Abbot procedió a revisar los escasos objetos hallados en el bolso de la víctima.

—Nada de eso me es familiar —confesó—. Tal vez mi esposa pudiera identificarlos, pero no yo.

—¿Y ese anillo? Es una alianza de compromiso...

Tomó el anillo de manos del teniente y lo examiné. En el interior llevaba grabadas las iniciales C. B., y una lecha de seis meses atrás.

Drake Bannon, tras una pausa, preguntó:

—En esa fecha, ¿estaba su cuñada en la ciudad?

—Realmente... no podría asegurarlo. Tal vez sí, o quizá ya estaba de viaje. Nunca sabía uno dónde andaba...

—¿Conoce usted a alguien a quién puedan pertenecer esas iniciales, señor Abbot?

—No puedo pensar en nadie en particular, aunque si más tarde lo recuerdo se lo haré saber. ¿Puedo irme ya?

—Sí, creo que ya nada más puede hacer aquí. Solo advierta a su esposa que deberé formularle algunas preguntas respecto a Linda.

Duncan Abbot se marchó cabizbajo y preocupado. Al quedar solo,

Bannon llamó al sargento Keyse y encendió un cigarrillo mientras esperaba.

Keyse le encontró intentando formar anillos de humo sin mucho éxito.

—¿Qué diablos le has hecho al pobre Abbot? Ha salido de aquí como si llevara un gran peso sobre su conciencia.

—Tal vez lo lleve, realmente. La muchacha muerta era su cuñada.

—¡Atiza! Cuéntame —exclamó el sargento, estupefacto.

Bannon le puso al corriente de las novedades. Al terminar de relatar lo sucedido en el depósito, no esperó los comentarios de su amigo.

—Vamos a destinar un par de muchachos a la tarea de husmear en torno a los negocios de Duncan Abbot, o de su mujer, que es quien en realidad maneja las riendas. Quiero un detallado informe sobre el estado financiero de esa industria, su crédito, beneficios, número de empleados y si ha prosperado desde que Abbot lleva las riendas, o sí, por el contrario, ha venido a menos. ¿Comprendido?

—Seguro. Lo que no entiendo es qué te propones con eso.

—Ni yo mismo lo sé con exactitud. Lo único que me preocupa es que esa chica asesinada iba a entrar en posesión de un millón dentro de unos meses. Ahora, esa montaña de dinero irá a manos de su hermana, de modo que tengo derecho a albergar ideas raras. Andando, Keyse; esos informes son urgentes.

—¿Vas a redactar un informe sobre todo esto para el capitán?

—Solo cuando regrese del parador. Voy a tratar de comprobar esa coartada. Y ahora que recuerdo...

—¿Qué?

—Yo tenía una cita para esta noche —masculló—. Maldito trabajo...

—Puedes llevarte a la chica de paseo hasta el parador. Imagino que habrá algún paraje romántico en los bosques...

—¡Largo!

—Sí, ya voy.

Keyse se fue, riéndose y cerrando con exagerado cuidado la puerta de cristales.

Drake se levantó y dio unos pasos de un lado a otro. Las palabras de su amigo zumbaban en su mente como moscardones. Después de todo, ¿por qué no?

Agarró el sombrero y se lanzó a la calle.

CAPÍTULO IX

—Una pareja muy agradable, en efecto —opinó el encargado del parador—. Los recuerdo perfectamente.

Bannon dio un vistazo al registro. La firma de Duncan Abbot era perfectamente legible: *D. Abbot y esposa.*

—¿Está usted seguro que ninguno de los dos abandonó el parador durante los días que estuvieron aquí? —indagó.

—Esa es una pregunta que no puedo responder. Hacían excursiones, salían de paseo... hubo algún día que ni siquiera los vi. Pidieron unas bolsas de comida y estuvieron ausentes todo el día, en los lagos. Hay muchas parejas que desean pasar un día en la soledad de los bosques... es romántico... y discreto. Usted ya me entiende.

Bannon emitió un gruñido. Pensó en Laurie, que aguardaba en el restaurante del parador y casi se avergonzó de haberla traído consigo cuando precisamente estaba investigando respecto a su hermana.

—Eso es todo, gracias —dijo, decepcionado.

Fue a reunirse con la muchacha. Algo que creyó advertir en los brillantes ojos de ella le inquietó.

—¿Qué sucede? —dijo, inseguro—. ¿Por qué me miras así?

—Me pregunto si no debería abofetearte, Drake.

—¿Por qué?

—Este es el parador donde mi hermana se reúne con Duncan... y tú me has traído contigo para investigar si ella te mintió. ¿Qué clase de sinvergüenza eres tú?

—Bueno... era imprescindible que viniera a comprobarlo. No vi razón alguna para no traerte conmigo. De lo contrario tenía que aplazar nuestra cita... y no estaba dispuesto a hacerlo. Lamento si te parece mal.

—Dime qué has averiguado.

El suspiró.

—Dijeron la verdad. Estuvieron aquí las fechas indicadas.

—Estaba segura de eso.

—Pero yo no. Si creyera en las declaraciones de toda la gente que interrogo, sin efectuar más comprobaciones, pronto andaría patrullando calles con un hermoso uniforme. Debía comprobarlo.

—De acuerdo, no hablemos de esto.

—¿Qué tal la cena?

—Magnífica... hasta ahora.

Bannon pensó que solo dependía de él el que fuera también magnífico todo durante el resto de la noche.

—Debemos regresar —decidió—. Hay un largo viaje hasta la ciudad

y no quiero que tu hermana se inquiete.

—Ella sabe que estoy en compañía de un oficial de la Brigada de Homicidios. Ya no puedo encontrarme más segura en ninguna parte del mundo.

—Búrlate todo lo que quieras...

El coche aguardaba bajo los pinos, envuelto en sombras. En el firmamento, como si estuvieran muy cercanas, las estrellas chispeaban como brillantes luciérnagas. A pesar de no haber luna aquella noche, se extendía una suave claridad allí donde las sombras de los árboles no alcanzaban.

Él se detuvo al lado del coche, antes de abrir la portezuela para que Laurie se acomodara en el asiento.

—Laurie...

Ella levantó la cara. Estaba junto a él, y solo tuvo que inclinar la cabeza para que sus labios cayeran sobre los palpitantes de la muchacha.

Casi sin proponérselo, la estrechó contra su pecho en un abrazo instintivo. Ella, tras unos instantes de pasibilidad, levantó los brazos rodeándole la nuca con frenesí, mientras su boca despertaba al beso y ambos se entregaban a la interminable caricia con todos sus sentidos.

Cuando le faltó el aliento, Laurie echó la cabeza hacia atrás huyendo de un beso que amenazaba convertirse en un incendio.

—¿Siempre abrazas así, polizonte? —susurró con voz que temblaba.

—¿Así cómo?

—Como un oso.

—No me he dado cuenta. Todo lo que sé es que te tenía entre mis brazos... y que todavía sigo teniéndote. Eso es algo que debía suceder indefectiblemente antes o después, de modo que no valía la pena desperdiciar el tiempo. ¿Tú crees que un hombre puede enamorarse en tan pocas horas?

—¿Hablas en serio?

—¿Tú qué crees?

—Me asusta un poco ser amada por un policía rudo y salvaje que por poco me rompe las costillas al abrasarme...

—Te las romperé si sigues burlándote de mí.

—Eso es una coacción. Intentas arrancarme una confesión mediante el tercer grado... ¿no se dice así?

—Me gusta el tercer grado, linda... Vamos a practicarlo un poco más, solo para que confieses.

De nuevo, sus labios se unieron con tanta ansia como si aquel fuera el último beso que pudieran darse en el resto de sus vidas.

Después, en un susurro, ello dijo:

—Estoy dispuesta a confesar, polizonte.

—Adelante.

—Te amo...

—Sigue o reanudo el tratamiento.

—¿De veras lo harías?

—Seguro.

—Entonces no volveré a abrir la boca... en lo que resta de noche.

Jamás un policía había practicado un «tercer grado» tan gustosamente como el teniente Drake Bannon... ni durante tanto tiempo, puesto que, para ellos, la noche se hizo eterna bajo la sombra protectora de los pinos gigantes.

En cierta forma eso era lo que había insinuado el sargento Keyse...

* * *

En su carrera como policía, Drake Bannon se había encontrado con situaciones a cuál más sorprendente, incluso algunas habían rebasado su poder de comprensión. No obstante, la que se le planteó aquella mañana no cabía la menor duda que se llevaba la palma en cuanto a desconcertante.

Empezó poco después de llegar a su despacho, cuando Keyse le anunció:

—La señora Abbot quiere hablar contigo, Drake. Parece que se trata de algo urgente.

—¿Viene sola?

—Si. Y trae cara de tormenta.

—Querrás decir de pena por la muerte de su hermana.

—He dicho de tormenta y no rectifico. Está furiosa.

—Vaya con la dama... La haremos esperar un poco para que tenga tiempo de calmarse. ¿Qué hay de los informes sobre sus negocios?

—Los tienes encima de la mesa. Y antes que se me olvide, el capitán quiere verte también. Anoche tuvo una reunión con el fiscal acerca de esta nueva faceta del caso. No parece que les haya gustado el rumbo que has tomado.

—Tendrán que aguantarse.

Drake leyó rápidamente los informes que detallaban parte de los negocios de la familia Abbot. Estaban incompletos por la premura del tiempo, pero se desprendía de ellos que su marcha no era muy satisfactoria.

Según los datos expuestos, trabajaban apenas con un pequeño beneficio a causa de la crisis en que se debatían desde hacía muchos meses. Incluso, según opinión de uno de los contables, algunos meses cerraban con pérdida.

Bannon emitió un gruñido ante aquellas noticias.

—Presumo que el millón de la hermana muerta les vendrá como anillo al dedo, si todo esto es cierto —dijo.

Keyse se encogió de hombros. Comenzaba a preocuparse de veras por los nuevos derroteros de aquel embrollo. Además, había leído los periódicos de la mañana, en los que se achacaba la muerte de Linda Logan a un asesino desconocido, que había intentado cargar el crimen a la cuenta del loco homicida, y empezaban a preguntarse si este habría cometido o no los demás.

—Esto va a estallar de un momento a otro —dijo—. Están dándole demasiada publicidad.

—Al demonio con eso. Dile a esa mujer que pase. Veamos qué es lo que la ha traído aquí.

La rígida señora Abbot entró como un torbellino. Sus ojos eran dos rendijas chispeantes de ira. Sus labios temblaban y estaba pálida y macilenta. Profundos círculos amoratados rodeaban sus despiadados ojillos y ni en lo más mínimo demostraba dolor o pesar. Solo indignación.

—Siéntese, señora...

—Estoy bien de pie. ¿Qué clase de policías son ustedes? —espetó con voz chillona—. Quiero una explicación ahora, inmediatamente, antes de pasar el asunto a mis abogados.

—¿De qué está hablando? Supongo que su marido la informó de...

—¡Mi marido! —bufó—. ¡Claro que me informó! ¿Por qué no lo detuvieron inmediatamente?

Bannon dio un respingo. Cambió una fugaz mirada con el sargento.

—¿Detenerle? —gruñó—. ¿Está usted diciéndome que debíamos haber detenido a su propio marido?

—¡Naturalmente que se lo estoy diciendo!

—¿Por qué?

—No creo que hayan dudas respecto a quién mató a la pobre Linda. Incluso hallaron un gemelo de Duncan junto al cadáver... un gemelo roto. ¿Qué otras pruebas quieren ustedes? No se me ocurrió pensar en él como el asesino mientras no supe quién era la víctima, pero ahora... ahora...

—Cálmese, señora. No podemos detener a un hombre solo por esa mínima prueba circunstancial... ¿Qué motivo podía tener su esposo para asesinar a su propia cuñada?

—¿Motivo? Yo sé lo diré... El dinero, ¿entiende? La herencia de Linda.

—¿Es él el beneficiario del testamento de Linda Logan?

—¿El? ¡Ni pensarlo! Es lo único que hubiera faltado...

—Entonces, señora, no comprendo adónde va usted a parar.

—Mire, usted es policía y su trabajo es detener culpables. Yo afirmo que solo mi marido tenía motivos para matar a Linda... Y le diré también esos motivos. Su despilfarro, ¿entiende? Está llevando nuestros negocios a la ruina. Pierde nuestro crédito a marchas

forzadas... y de seguir así nos vamos a ver en un aprieto muy pronto. El dinero de Linda, más el de mi parte en la herencia, pueden salvar la industria y él lo sabe. Es su manera de resolver esta situación.

—¿Se da cuenta de la gravedad de sus acusaciones, señora?

—Perfectamente. He estado pensando en eso toda la noche. Y he decidido vivir separada de Duncan hasta tentó esto no se aclare. Ya no me fío de él.

—¿Le teme?

—Si. Y le desprecio al mismo tiempo. Siempre lo he despreciado.

—No obstante, se casó usted con él —dijo el teniente suavemente.

—Me faltaba experiencia entonces... Siempre supe que se casaba conmigo por mí dinero, pero yo estaba segura que podría dominarle, cambiar su mentalidad y convertirle en lo que yo quería que fuera...

—Tal vez confió demasiado en sus dotes de persuasión —refunfuñó Bannon—. ¿Sabe que hay una ley que prohíbe a una mujer declarar contra su esposo?

—¡Bobadas! Mis abogados...

—Olvídese de sus abogados en este asunto —estalló el policía, fastidiado—. Ni ellos ni nosotros podemos acusar a Duncan Abbot sin más pruebas de las que poseemos.

—Pero sus motivos...

—Sus motivos, señora, son los mismos que se podrían achacar a usted, puesto que la herencia de su hermana revertirá en su propia cuenta corriente... ¿O no?

Ella abrió la boca y una oleada de sangre inundó su rostro, congestionándolo. Durante unos instantes boqueó sin encontrar voz suficiente con que replicar. Luego, ahogándose, masculló:

—¿Cómo se atreve? ¡Acusarme de haber matado a mí propia hermana! ¡Le demandaré, sucio polizonte...!

—Hágalo; todo lo que quiero es que comprenda la situación. ¿Quién es el beneficiario directo de esa herencia?

—Yo, por supuesto. Pero...

—Eso es todo.

—¿Cómo?

—No hay más que discutir al respecto hasta tanto no tengamos más elementos de juicio. Y ahora, antes que se vaya... ¿Qué le parece esta alianza de compromiso?

Ella quedóse mirando el anillo como si no lo viera, todavía bajo los efectos de la furia que la dominaba. Después, tomó la joya entre sus huesudos dedos y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Lo llevaba su hermana. Pensé que tal vez usted supiera algo de eso.

—No... Ella no tenía ningún compromiso. Salía con incontables

amigos y muchos de ellos habían pretendido casarse con ella, pero siempre los rechazó. Este anillo... nunca lo había visto.

—Fíjese en las iniciales: C. B. ¿Le sugieren algún nombre determinado?

Ella arrugó el entrecejo. Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo—. No recuerdo ningún nombre con esas iniciales... Estoy segura que no es el de ninguno de los amigos asiduos de Linda.

—No obstante, ella llevaba esa alianza.

—Quizá es alguien a quien conoció en su último viaje... ¿Qué va a usted a hacer con respecto a Duncan?

Bannon levantó la cabeza y sostuvo la iracunda mirada de la mujer.

—Nada —dijo—. Seguiremos investigando.

—De modo que yo deberé continuar soportándolo a mí lado, expuesta a que me mate a mí también...

—¿Por qué tendría que hacerlo? Sería ponerse él mismo la soga al cuello.

—¿Con policías como ustedes? Saldría libre sin duda alguna. Pero ya tomaré yo las medidas necesarias... Hablaré con mis abogados, me instalaré en un hotel y...

—Permítame decirle que está sacando las cosas de quicio. Sin más pruebas que las que poseemos actualmente, nadie se atrevería a tocar a su marido, señora.

—Veremos.

Giró sobre los talones y se encaminó a la puerta con pasos rígidos. Bannon la detuvo.

—Un momento —cuando ella se volvió, añadió—: Veo que está demasiado furiosa para acordarse de su hermana... El cadáver está en el depósito, esperando que alguien lo reclame. ¿No piensa usted hacerlo?

—Sí, por supuesto... pero cada cosa a su tiempo. Siempre me ha gustado hacer las cosas por estricto orden de importancia. De momento, debo ocuparme de mi propio porvenir, teniendo un asesino al lado.

Salió, cerrando de un portazo. Los dos policías se miraron y Keyse dijo, tras una mueca:

—Lo que no me explico, Drake, es cómo ese Abbot no le ha retorcido el cuello a esa arpía. Ese sería uno de los crímenes más justificados que alguien podría cometer.

—Tampoco a mí me gusta esa dama... Viéndola, uno se explica que Duncan Abbot haya buscado consuelo en otro amor.

—¿Qué piensas hacer ahora, Drake? Esa iracunda dama va a causarte problemas.

—Ya lo imagino, pero tengo algunas ideas respecto a este caso. Por otra parte, debemos conseguir más información sobre la víctima. Vas a ponerte en contacto con la policía de México. Pídeles que rastreen las

huellas de Linda Logan durante su estancia en la ciudad. Quiero saber todo lo que sea posible sobre ese viaje.

—No será difícil.

Keyse fue a cumplir la orden y Bannon quedó solo. Se recostó hacia atrás en el sillón y empezó a darle vueltas a su idea. Naturalmente, podía equivocarse, pero tal como estaban las cosas eso no sería lo más grave. Si se equivocaba, despreciando los iracundos argumentos de Martine Abbot, dictados por su ira contra el marido, tal vez se vertiera más sangre...

Hay momentos en que un policía se encuentra en una encrucijada de la que le es difícil escapar, Drake Bannon se hallaba en esos momentos en una encrucijada de la que partían distintos caminos. Todo dependía del que eligiera...

Si cometía un error...

Prefirió no pensar en eso. Quizá para alejar esos negros nubarrones de su mente, levantó el teléfono y llamó a Laurie. La muchacha era un oasis de paz en su turbulenta confusión.

CAPÍTULO X

Cuando al atardecer Drake Bannon se disponía a abandonar su oficina recibió una llamada telefónica de los abogados de la señora Abbot. Después de colgar el teléfono, Keyse, que lo contemplaba con el ceño fruncido, dijo:

—¿Malas noticias?

—Peores. Esa arpía ha dado rienda suelta a su despecho.

—¿La señora Abbot?

—¿A quién crees que puedo referirme? ¡Claro que la señora Abbot! Sus abogados acaban de notificarme que ha presentado una demanda contra su marido. Está dispuesta a seguir adelante con su acusación valiéndose de esos picapleitos...

—Pero ellos saben que es una estupidez. No podrá, prosperar.

—Hay algo más, que es lo que ha decidido al leguleyo a aceptar el encargo. Han descubierto que Abbot se marchó de San Diego el día cuatro por la noche.

—¡Diantre!

—Eso, y el gemelo, les parece suficiente para actuar.

También me han dicho que si deseo hablar con ella, se aloja en el hotel Imperial.

—¿Y vas a hablar con ella?

—¿Yo? ¡Un diablo! Que se fastidie. Ya le daré materia en que pensar dentro de poco. ¿No has tenido noticias de México todavía?

—Aún no. Es pronto.

—Sí, claro... Bien, me largo. Estoy agotado y con los nervios a punto de saltar.

—¿Has visto al capitán?

—Precisamente. ¿Por qué demonios crees que estoy con los nervios hechos trizas? Por lo visto debí dejar muerto este asunto... Dejar que todo el mundo siguiera convencido que Eric Dance había matado también a Linda Loeb... ¡Oh, al diablo! Prefiero no pensar en eso.

Casi sin pensarlo, Bannon condujo su coche rumbo al domicilio de Laurie. Poco a poco, la muchacha se había introducido en sus pensamientos, asentándose en ellos de manera permanente. Aún sin atreverse a confesárselo, Drake Bannon estaba un poco asustado de aquel amor que había despertado en él tan repentinamente. Por otra parte, temblaba solo de imaginar que, a pesar de todas las coartadas y de sus intuiciones, Abbot resultase culpable...

Todo su mundo recién edificado se derrumbaría como un castillo de naipes.

No hubo de esperar mucho después de llamar. Fue Laurie quien acudió a franquearle el paso y durante un fugaz instante se miraron en silencio al fondo de los ojos.

—¡Drake! —exclamó después la muchacha—. No te esperaba...

Le echó los brazos al cuello y sus labios se fundieren en un beso absorbente, interminable.

—Pequeña...

—Entra... Duncan está aquí también. Y te vas a llevar una sorpresa.

—¿Por qué?

—Ven.

La siguió, intrigado. En la salita interior, Duncan Abbot hablaba agitadamente con Alma Dyer. Ambos no pudieron ocultar su sorpresa al ver al policía. Únicamente Abbot reaccionó y dijo con voz seca:

—¿Viene a detenerme, teniente?

Este parpadeó.

—¿Detenerle? Si no lo hice antes, no veo que haya surgido nada nuevo capaz de hacerme rectificar. ¿A qué viene eso?

—Supongo que ya sabe las absurdas acusaciones con que me ha obsequiado mi mujer.

—Ajá. ¿De modo que es eso? Sí, lo sé. Estuvo en mi despacho urgiéndome para que le pusiera a usted entre rejas. Ahora se ha trasladado a un hotel porque tiene miedo de vivir a su lado, Abbot. Teme que le rebane el pescuezo antes de despertar.

—¿En qué hotel se aloja? —inquirió Duncan.

—En el Imperial. Bueno, Laurie dice que tienen una sorpresa para mí...

—Es cierto. Con esa monstruosidad de las acusaciones de Mar tiñe casi lo había olvidado. Ya sabemos quién es C. B.

—¿El hombre de la alianza de compromiso?

—Es algo más que una alianza de compromiso...

—Abbot revolvió en sus bolsillos hasta que sacó un cablegrama arrugado—. Lea esto.

Bannon tomó el cablegrama, lo desdobló con calma y leyó:

> «Enterado periódicos muerte mi esposa Linda. Stop. Tomo avión vuelo 713. Stop. Llegaré Los Ángeles mañana tres tarde. Stop».

El mensaje estaba firmado por alguien llamado Charlie Brompton.

Estupefacto, Drake paseó su mirada de uno a otro de los presentes.

—¿Alguien conocía a ese Charlie Brompton con anterioridad? —preguntó.

Abbot dijo:

—Ese cable es la primera noticia que he tenido de él.

—De modo que su cuñada se casó antes de emprender ese viaje... O tal vez lo hizo en México. El cable viene de allá... Imagino que ese tipo no será muy feliz en la actualidad. ¿Cómo es posible que ni usted ni la hermana de ella supieran que Linda se había casado?

—¿Cómo quiere que le diga que no lo supe hasta recibir ese mensaje? Pero si uno se detiene a pensarlo un poco, es lógico que ella se casara en secreto, o por lo menos sin notificarnos a nosotros sus intenciones... Puedo comprenderla a la perfección.

—¿De veras?

—Por dos veces había estado próxima a casarse. Las das veces, mi esposa deshizo su noviazgo. Empleó todas sus malas artes para desbaratar la boda... Adujo como razones indiscutibles que ninguno de los dos pretendientes eran dignos de la familia Loeb. El marido de su hermana debía ser antes aprobado por Martine, ¿entiende?

—Creo que sí.

—Por eso Linda debió casarse en secreto, para evitar más interferencias de Martine... cosa que me parece muy bien. Martine es algo semejante a la *Mantis Religiosa...* o ha intentado serlo conmigo por lo menos. De ahí su despecho. Yo no me dejé devorar.

—Ya veo... Habrá que ver a ese Brompton. Quizá él pueda explicarnos por qué su mujer regresó sola y sin advertir a la hermana. ¿Irá usted a esperarlo al aeropuerto?

—Por supuesto. Quiero prevenirle de la clase de cuñada que le ha caído en suerte. Es lo menos que puedo hacer por él —remachó Abbot con cierto sarcasmo.

—Ya que habla de prevenir a la gente, debo advertirle que los abogados de su esposa se disponen a iniciar una acusación privada contra usted... por el asesinato de Linda.

Abbot dio un respingo. Alma palideció y sus manos buscaron las de su amado como si deseara protegerlo.

—¿Cómo puede haber contagiado su estupidez a esos leguleyos?

—Tienen algo que, a su juicio, les demuestra que usted es, por lo menos, un excelente sospechoso.

—El gemelo, pero...

—Algo más. De alguna forma, han descubierto que usted partió de San Diego la noche del cuatro... lo que, a su juicio, también le sitúa en el lugar del crimen cuando este se cometió.

—¡Dios santo! ¿De modo que lo saben?

Miró a Alma con la angustia asomando a sus pupilas, Ella susurró:

—No importa, Duncan. Estoy dispuesto a decir la verdad donde sea.

—¡Pero yo no quiero que lo hagas! La gente es egoísta, despiadada, tú lo sabes. Te convertirían en...

—Pero no me importa en absoluto la gente. Es nuestro amor lo que

quiero defender contra todo y contra todos. No dejaré que esa absurda acusación prospere en absoluto. Y estoy segura que el teniente nos ayudará ¿No es cierto, señor Bannon?

Este hizo una mueca.

—No estoy en situación de hacer mucho. A decir verdad, yo mismo me encuentro en una situación embarazosa. Mis superiores opinan que he revuelto demasiado este asunto. Debía haber dejado las cosas como estaban, aunque hubiera un asesino que estuviera riéndose de la policía. Pero, por supuesto, estoy dispuesto a decirles a esos picapleitos todo lo que he averiguado en el parador, si ustedes lo desean.

—No.

El gruñido de Abbot no hizo mella alguna en Alma.

—Hágalo, teniente —dijo ella—. Ya es hora de que cada uno afronte sus responsabilidades. Quizá así tu mujer acceda a separarse de ti, Duncan...

—No lo hará... sería tanto como darse por vencida.

—Estamos discutiendo cosas que están todavía por ver —rezongó Bannon—. Primero habrá que esperar las declaraciones de Charlie Brompton, y hacer muchas averiguaciones más alrededor de la muerte de Linda Loeb o linda Brompton como se llamaba cuando murió. Cree que yo también acudiré al aeropuerto para recibir a nuestro flamante viudo.

Laurie, que había permanecido en silencio hasta entonces, murmuró:

—Lo importante, Drake, es que estés a nuestro lado.

—El teniente es un policía, Laurie —repuso Abbot secamente—. Se debe a su deber antes que a sus... digamos inclinaciones sentimentales.

Bannon le miró de reojo.

—Creo que está sacando las cosas de quicio, Abbot.

Diplomáticamente, Laurie pidió:

—¿Vamos a dar un paseo, Drake? Dejaré que me invites esta noche, pero sin emplear el «tercer grado».

Se echó a reír y sin esperar respuesta se encaminó a la puerta. Un tanto cohibido, Bannon se levantó, despidiéndose de Abbot y de Alma. No supo si Laurie le arrastraba fuera por el simple deseo de permanecer con él a solas, o lo hacía solamente para dejar solos a los otros.

De todos modos, la siguió encantado y una vez en la acera le pasó el brazo por el talle, apretándola contra él cariñosamente.

—No creo que le simpatice nunca a Abbot —dijo—. Me ha tomado ojeriza.

—Es conmigo con quien tienes que simpatizar, polizonte, y hasta ahora no estás haciendo nada para conseguirlo.

—Siento terribles tentaciones de hacer méritos, pero si te beso en medio de la acera la gente llamará a un guardia para que nos detenga

por escándalo público.

—¿Corremos el riesgo?

—No...

—Entonces hablemos de cosas serias. ¿Es cierto que sospechas de Duncan, a pesar de tener una coartada tan sólida?

—Podría decirte que la obligación de un buen policía es sospechar de todo el mundo, pero en esta ocasión no sospecho de Abbot. Personalmente he comprobado su coartada y es irreductible. Por otra parte, no existe motivo para que cometiera semejante crimen, porque el de la herencia no es convincente. El dinero no irá a parar a sus bolsillos, sino a los de su mujer... y apuesto que ella los mantiene cerrados a cal y canto, en lo que a Duncan atañe.

—Gracias, Drake... Sería terrible que sospecharas de él. Por mí hermana, ¿entiendes?

—Si...

—Me gustaría ver la cara que pondrá ella cuando reciba la noticia de que su hermana se había casado sin su consentimiento... Apuesto que se pondrá furiosa.

—¿Por qué no hablamos de cosas más agradables? Por ejemplo, del lugar donde vamos a pasar un rato... ¿Te gustaría bailar?

—¿Crees que en un baile podrás besarme sin que se escandalice el público? —rio la muchacha.

—Estoy seguro.

—Entonces vamos a bailar, señor policía.

El apretó un poco más su brazo y la llevó hacia donde había dejado el coche. Por el momento, olvidó el case y todas sus consiguientes preocupaciones. Todos sus sentidos estaban demasiado ocupados con la joven.

Para él, y también para Laurie, aquella noche que empozaba era única y exclusivamente para su goce. Todo lo demás podía esperar.

CAPÍTULO XI

Drake Bannon condujo como en sueños. Acababa de dejar a Laurie en su casa y todavía sentía en los suyos el dulce sabor de los labios de la muchacha. Ya no dudó en confesarse que estaba enamorado de ella. Sincera y rotundamente enamorado.

Era una noche cálida y suave, y Bannon consideraba que era demasiado pronto para retirarse. Pero Laurie había insistido en regresar a casa, y no había tenido más remedio que plegarse a su deseo. A fin de cuentas, quizá para ella no fuera tan pronto como a él se le antojaba, después de todo. El reloj señalaba exactamente las doce y media.

Otra de las cosas que ya no se avergonzaba de reconocer, era que a causa de Laurie estaba dispuesto a respaldar a Duncan Abbot ante quien fuera, solo para complacer a Alma. ¿Y por qué no, si estaba convencido de su inocencia?

Quizá fue como producto de estas reflexiones, o tal vez solo por el deseo de fastidiar a la rígida señora Abbot proporcionándole un nuevo quebradero de cabeza, el caso es que condujo casi sin proponérselo rumbo al hotel Imperial.

No era el lugar que uno esperaría que fuera elegido por una esposa entristecida o en apuros. El lujo restar liaba por todas partes, los empleados semejaban diplomáticos en traje de gala y los mármoles y metales dorados centelleaban desde cualquier rincón que uno mirase.

Drake Bannon no se sintió a gusto al atravesar el gigantesco vestíbulo para acercarse al mostrador de recepción, donde un encopetado empleado le miró de arriba abajo como si deseara valorarlo. A juzgar por la expresión de su cara, lo que vio no fue de su agrado.

—Quiero ver a la señora Abbot —dijo—. Sin avisarla previamente.

Cortó la incipiente protesta del recepcionista poniéndole su credencial bajo la nariz. El hombre hizo una mueca como si estuviera oliendo un pescado podrido.

—Habitación doscientos seis —masculló a regañadientes—. Le ruego discreción... el hotel, ya sabe, nuestro prestigio...

—Sí, seguro.

Subió en un rápido elevador y llamó a la puerta de la habitación indicada con recios golpes. Pero nadie respondió.

Estuvo repitiendo la llamada a intervalos hasta convencerse de que la habitación estaba vacía. Entonces comenzó a pensar que el empleado había querido burlarse de él y bajó al vestíbulo con cara de pocos amigos.

—Usted no me ha dicho que la señora Abbot estaba ausente —gruñó—. ¿Qué clase de servicio es el que tienen aquí?

—Lo lamento... Le aseguro que no sabía... Ella debería estar arriba, señor. Su llave no está aquí.

—Tal vez se la ha llevado.

De repente, el hombre tuvo un vivo sobresalto, como si acabara de recordar algo verdaderamente desagradable. Sus ojos rehuyeron la fulgurante mirada del teniente, hasta que este estalló:

—Muy bien, pisaverde, suéltelo ya. ¿Qué está pensando?

—Yo... Bueno, no es nada importante. Ella debe haber salido.

—¡Con un demonio! Hace demasiado tiempo que ando en tratos con renacuajos como usted para que pueda engañarme. ¿Qué es lo que se le ha ocurrido de repente?

—Por favor, nuestra seriedad... la discreción del establecimiento...

—¡Al diablo la discreción! Tal vez prefiera que arme un escándalo, ¿eh? Porque si es así voy a complacerle de tal forma que...

—¡Por favor!

—Bien, hable.

Tras un largo y angustiado titubeo, el hombre confesó:

—No lo recordaba, pero la señora tiene una visita... Creo que es por eso que no ha respondido a su llamada. Tal vez no desean ser molestados...

—¿Una visita? —rezongó Bannon—. ¿Qué clase de visita?

—Su esposo. ¿Qué creía usted? Este es un establecimiento con una probada seriedad. Aquí no permitimos...

—¡Un momento! —le atajó el teniente—. ¿Quiere decirme que el señor Abbot ha venido aquí para entrevistarse con su esposa?

—En efecto. Después de todo, no hay nada malo en ello.

—¿Cómo sabe que se trata del señor Abbot?

—Porque se ha hecho anunciar.

—Y con todo esto quiere usted decirme que él todavía está arriba, ¿eh?

—Efectivamente.

Bannon arrugó el entrecejo. Un vago sentimiento de alarma estaba haciendo trizas su serenidad.

Repentinamente, exclamó:

—Traiga su llave maestra y acompáñeme.

—¡Oiga...!

—¿Prefiere que eche la puerta abajo?

Eso convenció al empleado que la cosa iba en serio, de modo que cogió la llave y trotó detrás del policía sin más protestas.

Al abrir la puerta vieron que la habitación estaba completamente a oscuras.

—Encienda la luz —bufó Bannon.

Tan pronto la lámpara desparramó una catarata de claridad, Bannon captó un par de detalles que no le gustaron en absoluto.

El primero fue un florero derribado sobre una mesita. El otro, la alfombra arrugada de cualquier manera como si sobre ella se hubiera desarrollado una feroz lucha.

Precipitadamente, avanzó por un lado de la alfombra. El mismo giró la llave de la luz de la estancia inmediata, dio un paso adelante y se detuvo en seco, mientras un helado escalofrío serpenteaba por todos sus miembros.

Oyó los pasos del empleado hasta que se detuvieron detrás de él. Luego, escuchó el gemido agónico que escapaba de sus labios y giró sobre sus talones, a tiempo de impedir que el atildado recepcionista se desplomara como un fardo.

Lo sostuvo, ahogando una sarta de maldiciones, hasta que pudo empujarlo sobre una silla, donde lo dejó sentado, lloriqueando y temblando como una hoja sacudida por un vendaval. Seguramente estaba gimiendo por el descrédito que aquello representaría para el hotel, no porque la mujer hubiera sido asesinada salvajemente y hubiera sangre esparcida a su alrededor para impresionar al más curtido de los policías.

Drake retrocedió y anduvo alrededor del cadáver extendido sobre el lecho de través. Así descubrió que toda aquella sangre procedía del terrible corte de la garganta. Las ropas de la cama estaban empapadas, así como la alfombra que había en el costado de la cama por el cual colgaba la cabeza. Realmente, el espectáculo era espeluznante.

No tocó nada ni realizó investigación alguna por el momento. Pero regresó a la sala donde había dejado al horrorizado empleado, descolgó el teléfono y comunicó con la central, preguntando por el sargento Keyse, al que tan pronto tuvo al habla ordenó:

—Toma un coche y vete en busca de Duncan Abbot. Si no está en su casa búscalo en la de Alma Dyer, pero encuéntralo. Cuando lo tengas tráelo contigo al hotel Imperial. ¿Comprendido?

—¿Para qué todo esto, vas a realizar un careo entre él y su mujer?

—Lo verás cuando llegues aquí. Te doy media hora de tiempo.

—¿Qué ha sucedido, Drake?

—Ya sé que te gustaría saberlo.

Colgó. No quiso hablar con Keyse sobre el crimen para que no se le escapara ninguna indiscreción cuando encontrase a Abbot.

El recepcionista estaba mirándole cuando dejó el teléfono. Con voz desfallecida gimió:

—¡Es espantoso! ¿Qué va a suceder ahora?

—Lo verá en su momento. Supongo que podrá usted reconocer al hombre que se ha presentado aquí como el señor Abbot, ¿no es así?

—Seguro. ¿Cree que ha sido él...?

—Yo no creo nada por el momento. Vuelva a su puesto y no diga una palabra a nadie de lo sucedido. Va a llegar un hombre que se identificará como el sargento Keyse. Indíquele esta habitación y fíjese en el individuo que le acompañe. Si es el señor Abbot, llámeme por teléfono cuando estén en camino hacia aquí. ¿Ha comprendido todo?

—Sí, señor.

Salió de la habitación con pasos que todavía no eran muy seguros.

Al quedar solo, Bannon empezó un rápido y metódico registro. Inspeccionó las prendas de vestir colgadas en el armario, revisó los cajones del mismo y abrió una a una las tres maletas vacías. No encontró nada de interés. Solo entonces se acercó de nuevo al cadáver.

Estaba este vestido con una larga bata en desorden. Con cuidado, introdujo los dedos en los bolsillos de la misma, comprobando que estaban vacíos. Soltó un gruñido de disgusto.

Empezó a registrar meticulosamente el dormitorio, incluyendo el tocador. No pudo apuntarse tampoco ningún éxito en esa búsqueda.

Entonces vio un bolso de mano. Lo abrió y vació su contenido sobre la brillante superficie de una mesita de noche. Algo que saltó entre los distintos objetos le hizo dar un respingo.

Tomándolo entre los dedos, quedóse mirando con asombro el gemelo de oro con el rojo brillo de su piedra. Era el compañero del encontrado junto al cadáver de Linda Loeb. ¿Por qué aparecía este en el bolso de otra mujer asesinada?

No podía achacarse a que el asesino lo hubiese perdido esta vez. No cabía tampoco duda de que el gemelo estaba ya en poder de la mujer mucho antes de su muerte...

El timbre del teléfono le arrancó del punto muerto de sus reflexiones. Descolgándolo, escuchó la voz excitada del recepcionista:

—¡Ahora suben, señor!

—¿El sargento Keyse?

—Si...

—¿Y el señor Abbot?

—En efecto, señor. Es el mismo hombre que ha estado aquí antes preguntando por su mujer.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

—Está bien, no se preocupe y siga guardando silencio respecto a lo sucedido.

Colgó y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió, Keyse y Duncan Abbot acababan de salir del ascensor y los esperó en el umbral.

El sargento indagó:

—¿Por qué tantas prisas, Drake? He sacado al señor Abbot de la cama...

—Ahora verás.

Entraron. Abbot estaba pálido y macilento. Los inquisitivos ojos del teniente se clavaron en su rostro con terrible fijeza.

—¿A qué hora se acostó, Abbot?

El aludido se encogió de hombros.

—No lo sé... tal vez hace una hora, quizá más.

—Digámoslo de otra manera. ¿A qué hora se ha separado de Alma?

—¿Qué significa eso, teniente? Empiezo a cansarme de su continua injerencia en mis asuntos privados.

—Puedo comprenderlo. Pero no ha respondido a mí pregunta.

—¡No sé qué hora era cuando me he marchado de casa de Alma! Hacía mucho tiempo que habían salido usted y Laurie de todos modos.

—De manera que no sabe nada de nada. Respóndame a esa otra pregunta. ¿A qué hora ha estado en esta habitación, señor Abbot? Y no empiece por negarlo porque me obligará a llamarle embustero, además de mostrarme mucho más rudo que hasta ahora. Porque usted ha venido a este hotel, ha preguntado por su mujer y ha subido a esta habitación después que ella ha accedido a recibirle...

Keyse miraba a su compañero con ojos asombrados. Al fin, Drake Bannon esbozó un gesto de fastidio y le señaló la puerta del dormitorio. Keyse se apresuró hacia allí, y su exclamación, al ver el cuadro, fue rotunda e impublicable.

Abbot abatió la cabeza.

—Usted gana, Bannon. Estuve aquí hace unas horas, es cierto.

—Ajá. ¿Por qué vino, maldita sea?

—Quería decirle a Martine que había aparecido un marido de Linda, que llegaría mañana y que me alegraba mucho de ello. Deseaba echarle esto en cara solo por lo que representaba de derrota para su maldito carácter. También, para qué negarlo, iba a confesarle sin ambages que estaba enamorado de Alma, y que era con ella con quien había estado el día cuatro por la noche y los días siguientes.

—¿Le dijo a Alma que iba a venir aquí para echarlo todo a rodar?

—No. No me atreví. Al separarme de ella le dije solamente que iba a acostarme.

—Ya veo...

—Pero yo no la he matado, Bannon —susurró Abbot con voz apenas audible—. Estaba muerta cuando he entrado.

—¿De veras?

—¡Tiene que creerme! La puerta estaba solo entornada. La luz encendida... He pronunciado el nombre de Martine, y al no responderme he avanzado... ¡Dios santo, ha sido horrible!

Drake Bannon apretó las mandíbulas hasta que los huesos le dolieron a causa del esfuerzo. Apenas sin aflojarlas masculló:

—Usted dice que la ha encontrado muerta, ¿eh? ¿Por qué no me ha llamado?

—Estaba asustado, teniente... terriblemente asustado. En los primeros instantes solo he pensado en alejarme de aquí. Después he creído preferible guardar silencio por temor a que me achacaran la muerte de mi esposa.

—Pues ha hecho todo lo preciso para que le sea cargada a su cuenta, amigo. ¿Cómo ha abandonado el hotel?

—El empleado estaba solo en el vestíbulo cuando he descendido las escaleras. No me atrevía a pasar por delante de él por temor a que se fijase en mí, pero en aquellos instantes un grupo de huéspedes descendía las escaleras también y he salido confundido con ellos.

—Muy astuto... Y ahora viene la pregunta más complicada de todas, Abbot. Cuando usted ha preguntado abajo por su mujer, el empleado la ha llamado por teléfono... y ella ha accedido a recibirle. ¿Cuánto tiempo ha tardado usted en llegar aquí, y cuánto tiempo ha necesitado el asesino para cometer su crimen, esparcir sangre por todas partes, y largarse sin tropezarse con usted?

—He estado pensando en eso... le confieso que no lo comprendo.

—Keyse, llama al recepcionista —farfulló Bannon, de mal talante. Luego se dirigió de nuevo a Abbot—: ¿Cómo estaba la alfombra cuando usted ha entrado?

—Arrugada.

—¿Había un florero caído en la entrada?

—No me he fijado...

—¿Ha dado usted un vistazo al resto del apartamento?

—No, por supuesto que no... Todo lo que he hecho ha sido salir corriendo.

—Abbot, esta vez va a tener usted mucho más trabajo para sacudirse la acusación de asesinato en primer grado. Tal como han sucedido las cosas, no puedo hacer otra cosa que detenerlo. Lo lamento por Alma... y por Laurie. Ella no me lo perdonará jamás, pero no tengo otra alternativa.

Abbot se dejó caer sentado en una silla. Su actitud de abatimiento resultaba patética, pero Bannon no es taba para apreciar actitudes en aquellos momentos.

Keyse, desde el teléfono, anunció:

—Ahora sube.

—Bien, ahora puedes avisar a la brigada. Que vengan los muchachos, y que alguien se traiga al forense también. Cuanto antes terminemos aquí más pronto podrá presentar mi informe.

Keyse dio un vistazo al hundido Abbot. En voz baja susurró:

—¿Crees que él lo ha hecho?

—Por lo menos todo le acusa. Y ahora que recuerdo... —sacó el gemelo del bolsillo y lo sostuvo ante la cabeza de Abbot—. ¿Qué le parece esto?

El hombre levantó la mirada. Sus ojos se desorbitaron.

—¿También aquí estaba un gemelo mío?

—En el bolso de su mujer. ¿Qué explicación le sugiere?

—Ninguna. Es un encadenamiento de circunstancias fatal para mí.

—¿No sabe cómo ha ido a parar ese gemelo al bolso de su esposa?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Quizá ella lo ha encontrado en casa y ha decidido guardarlo para remachar su acusación, demostrando que el roto también me pertenecía... No sé...

Bannon frunció el ceño. Esa explicación podía ser cierta.

El recepcionista, con su entrada, interrumpió el interrogatorio. El teniente fue directamente al grano, mientras Keyse, por teléfono, se ponía en contacto con la central.

—Usted me ha dicho que ha anunciado la llegada del señor Abbot, ¿no es cierto?

—Sí, teniente.

—¿Le ha respondido la propia señora Abbot?

—Bueno, ¿quién otro podía responder a su teléfono?

—No me lo pregunte a mí. ¿Era la voz de la señora Abbot la que ha accedido a recibir a su marido?

—Por supuesto...

—¿Podría usted jurarlo ante un tribunal?

—Bueno... pensándolo bien... no, creo que no podría jurarlo.

Bannon levantó la cabeza, interesado.

—¿Cómo es eso?

—Alguien ha descolgado el auricular. Entonces he anunciado al señor Abbot y una voz ha dicho algo así como: «Está bien, que suba...» No estoy muy seguro de las palabras que ha empleado.

—¿Y la voz?

—Tampoco podría asegurar que fuera la de la señora...

—Pero era una voz de mujer, ¿sí o no?

—Diantres, yo he dado por supuesto que lo era. Al fin y al cabo, hablaba con una habitación en la que se alojaba una mujer sola.

—Pero, ¿no puede asegurar si era una voz de mujer?

—No, señor. Se me antoja que resultaba algo ronca... profunda más bien. Debía ser la voz de una mujer.

—Pero no puede jurarlo.

—No, teniente. No me atrevería a jurarlo, aunque no comprendo adónde quiere usted llegar.

—¿Pudo ser la voz de un hombre que intentara disimularla?

El recepcionista parpadeó.

—¿De un hombre? —balbuceó—. Bueno... tal vez... sí, podía serlo... aunque no estoy seguro tampoco.

—Eso es todo, puede volver a su puesto.

El hombre se marchó más preocupado que nunca. Con voz

contenida, Abbot dijo:

—Gracias, Bannon... sabía que sería usted justo y equitativo.

—Estoy cumpliendo con mi deber, Abbot. No me gusta dejar cabos sueltos detrás de mí.

Keyse colgó el auricular en aquel instante.

—Los peritos llegarán en unos minutos. También he avisado al doctor y a una ambulancia...

—Muy bien. Llévate al señor Abbot, Keyse, y mantenlo fuera del alcance de los reporteros. No quiero que se haga pública su detención por el momento. ¿Comprendido?

—Sí, claro...

Volviéndose al detenido, Bannon dijo:

—Puede usted llamar a su abogado si lo cree conveniente, nadie se lo impedirá.

—No creo que lo haga todavía, esperaré.

—Como quiera. Y otra cosa, Keyse; tan pronto hayas dejado a Abbot, encárgate de pasar una llamada para que sea buscado el coche rojo de Linda Loeb. Él te dará los datos de matrícula y demás. Quiero saber dónde dejó ese auto... y registrarlo cuanto antes. ¿Entendido?

—Seguro. Haré que radien una llamada de búsqueda por todo el Estado.

—Magnífico. Ahora, es mejor que se marche, señor Abbot...

El detenido asintió con un gesto y precedió a Keyse hacia la salida.

De nuevo, Bannon quedó solo y pensó en Laurie. Le invadió una amarga sensación de desesperanza...

CAPÍTULO XII

El avión rugía por encima del aeropuerto esperando la autorización para aterrizar. Otros aparatos despegaban y el aullido de sus motores de reacción ensordecía los oídos de Drake Bannon, apoyado en la barandilla junto al pasillo por el cual desfilaban los pasajeros a su llegada.

Consultó su reloj. Faltaban cinco minutos para las tres de la tarde. El avión del vuelo 713 procedente de la capital mejicana descendía ya sobre el lejano extremo de la pista de aterrizaje.

Una voz agradable desgranó su monótono aviso a través de los altavoces:

—«El avión de la "Trans World Airlines", vuelo setecientos trece procedente de México capital y Tijuana, está tomando tierra en estos momentos».

Unos minutos después, la majestuosa aeronave maniobraba lentamente en la plazoleta donde acabó por detenerse. Bannon se enderezó, contemplando el desfile de los pasajeros en un intento de adivinar cuál de ellos era el hombre que le interesaba. Juzgando por la edad que debía tener Charlie Brompton, dos de los recién llegados podían ser el viudo de Linda Loeb.

Esperó hasta que hubieron entrado en la oficina de pasaportes. Entonces se dirigió también al interior, acercándose a la mesa del oficial encargado de revisar los documentos. Así pudo escuchar el nombre de Brompton cuando el encargado del trámite le llamó para devolverle su pasaporte debidamente cumplimentado.

Vio al joven alejarse de la mesa llevando un ligero maletín de viaje. Era un hombre de unos treinta años, de aspecto arrogante y facciones correctas y agradables. Vestía con cuidada elegancia, sin estridencias, y todos sus ademanes denotaban la gran seguridad en sí mismo que tenía.

Solo cuando Charlie Brompton llegó a la salida del edificio se le acercó, colocándose a su lado.

—Un momento, señor Brompton —dijo, mostrándole su credencial.

El recién llegado dejó la maleta en el suelo y esbozó una sonrisa.

—Policía, ¿eh? Imaginaba que serían mis «familiares» quienes acudiesen a darme la bienvenida.

—A ninguno le ha sido posible. ¿Tiene inconveniente en que hablemos un poco usted y yo?

—¿Aquí mismo?

—Preferiría en mi despacho Tengo el coche ahí cerca y está a su disposición.

—No veo inconveniente Deseo saber qué sucedió realmente con mi esposa, cómo murió... En fin, todo. Fue un rudo golpe para mí leer la noticia del crimen... Ella no merecía ese terrible final.

Bannon guio al viudo hacia su coche, diciéndose que no parecía muy desconsolado, a fin de cuentas. Claro que uno no puede juzgar a los demás por la primera impresión recibida.

Cuando ya estuvieron viajando hacia el centro, Bannon dijo:

—¿Cuándo se casaron ustedes, señor Brompton?

—Pasado mañana hará tres meses.

—¿Dónde?

—En México capital. También fue allí donde nos conocimos.

—Ya veo... Fue una boda en secreto, ¿no es así? La hermana de su esposa no sabía una palabra de que ella tuviera relaciones con usted.

—Eso fue por exigencias de ella... Linda no quiso que su hermana lo supiera hasta que la boda fuera un hecho.

—¿No le extrañó a usted esa exigencia?

—Primero sí, por supuesto. Pero luego me explicó sus razones para obrar de esa manera y me convenció. Según me dio a entender, su hermana es uno de esos seres dominantes, absorbentes, dispuesta a regular la vida de Linda hasta en lo tocante a su matrimonio. Mi pobre esposa temía que su hermana se opusiera a nuestra unión. Por eso decidió emplear la política de hechos consumados.

—Muy razonable.

De nuevo guardaron silencio, hasta que Brompton lo rompió para indagar:

—Dígame, ¿es cierto que mi esposa fue víctima de un loco homicida?

—Eso se creyó en un principio...

—¿Quiere decir que después cambiaron de opinión?

—En efecto. Tenemos la absoluta seguridad de que fue un crimen premeditado, no la obra del demente como se creyó en un principio.

—¡No puedo creerlo! ¿Por qué iba nadie a querer matar a Linda? Era una chiquilla maravillosa, adorable...

—No obstante, alguien planeó su muerte y la llevó a cabo.

—Es increíble...

—¿Por qué volvió ella sola a Los Ángeles, señor Brompton?

Tras un carraspeo, el interrogado explicó:

—Justamente por la circunstancia que antes he mencionado, o sea para presentar a su hermana el hecho consumado. Aunque se empeñó en venir sola para evitarme la violencia de ese primer encuentro... Nunca debí acceder a dejarla marchar.

—Usted no podía prever lo que sucedería aquí. Supongo que ella no daba muestras de temor o nerviosismo marido emprendió el viaje.

—Realmente, estaba nerviosa, pero solo a causa del próximo

encuentro con su hermana.

Al llegar a la central encontraron al sargento Keyse esperándoles. Había una curiosa expresión en su rostro cuando dijo:

—Hay unos informes sobre tu mesa, Drake; creo que es urgente que les des un vistazo.

—Sí, claro... Con permiso, señor Brompton.

El primero de los informes era el redactado por la policía de la capital mejicana, debidamente traducido. En él detallaban las andanzas de Linda Loeb antes de contraer matrimonio, y que se reducían a las de una turista rica más. Todos los informes los habían obtenido del personal de los hoteles en que se alojara por entonces.

Después informaban también de la fecha exacta de la boda, que correspondía con la declarada por Brompton, al que describían como un joven turista que pasaba largas temporadas en México.

—¿Eso es todo lo de esa fuente? —inquirió.

—Por el momento no ha llegado nada más —dijo Keyse—. He solicitado algunas aclaraciones respecto a determinados detalles. Supongo que hasta mañana no los tendremos en nuestro poder.

—Está bien, Keyse...

—Lee el otro.

Tras una mirada cargada de sorpresa, Drake leyó las hojas de papel mecanografiadas que el sargento le señalaba. Esta lectura tuvo la virtud de hacerle contraer el rostro con una mueca de perplejidad.

—¿No hay posibilidad de error, Keyse?

—En absoluto.

—Es sorprendente.

—Es lo menos que puedes decir —rezongó el sargento.

Bannon permaneció en silencio unos minutos, reflexionando profundamente. Poco a poco, una luz de comprensión comenzó a relampaguear en sus ojos astutos y vivos. Cuando miró a Keyse comprendió que el sargento había llegado a sus mismas conclusiones.

Dijo:

—Llámalos por teléfono desde abajo y entérate de si está allí actualmente. Deben poder comprobarlo en poco tiempo.

—Eso es algo que he hecho tan pronto he leído ese resumen. No creo que tarde mucho en llegar la respuesta.

—Está bien, trataremos de apañarnos mientras nos llega.

Charlie Brompton había encendido un cigarrillo y esperaba pacientemente. Al parecer, no prestaba atención a lo que hablaban los dos policías, preocupado con sus propios problemas. Solo cuando Bannon le habló, dio muestras de interés.

—Señor Brompton...

—Sí, teniente.

—Creo que ha llegado la hora de que le informe de algunas noticias,

particularmente desagradables en lo que a usted atañe.

—Me inquieta...

—Su cuñada, Martine Abbot, fue asesinada en las primeras horas de la noche pasada.

—¡Cielos! La hermana de Linda también...

—En efecto.

—¿Tienen alguna sospecha de quién pudo ser el criminal?

—Hemos detenido a Duncan Abbot, de momento como sospechoso solamente. Pero le confieso que no hay pruebas suficientes para una acusación en firme.

—Su propio marido...; es increíble, teniente. ¿Quiere decir que sospechan de él como autor de los dos crímenes?

—En efecto.

—Pero... Bueno, no sé qué motivos podía tener para matar a su mujer, más no creo que tuviera ninguno para asesinar a Linda. Ella hablaba siempre muy bien de su cuñado; le tenía una gran simpatía...

—Esperamos averiguar el motivo de ambos crímenes. Entretanto, nos limitamos a tenerlo encerrado en espera de que sea interrogado en toda regla.

El timbre del teléfono cortó el diálogo. Keyse lo descolgó, escuchó un instante y dispuso:

—Perfecto. Páseme esa llamada.

De nuevo escuchó muy interesado, limitándose a dejar oír algún que otro gruñido de asentimiento. Solo al final dijo:

—Espero que no haya ningún error al respecto. Muy bien, muy bien, comprendo. Sí, guárdenlo hasta nuevo aviso. Nosotros avisaremos, claro. Gracias.

Colgó y quedóse mirando a Drake Bannon con una curiosa expresión en sus ojos. El teniente le apremié:

—¿Y bien?

—Está allí, Drake. Ellos se harán cargo de todo hasta que les avisemos.

—De manera que es así de sencillo... Resulta asombroso, ¿no crees?

—Es lo menos que se puede decir.

Lentamente, Bannon devolvió su atención a Charlie Brompton. Repentinamente, le preguntó:

—¿Qué le sugiere a usted el nombre de Ernest Carlin, señor Brompton?

Hubo como un ramalazo de comprensión en los ojos del hombre. No obstante, dijo:

—Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Quién es Ernest Carlin?

—Usted, por supuesto.

—¿Qué demonios...?

—Ese es el nombre que utilizó para entrar y salir del país ayer.

—¿Quiere decir que cree que yo estuve en esta ciudad ayer? Usted debe estar loco, policía. Usted mismo me ha visto llegar en el avión procedente de la capital mejicana. ¿Puede decirme cómo demonios pude estar en dos lugares a la vez?

—Creo que puedo decírselo; todo es cuestión de reflexionar un poco. Reconozco que era una jugada maestra, Brompton, pero usted no ha estado a la altura de las circunstancias. O quizá debió pensar usted que el crimen jamás compensa... aunque haya una herencia de un millón esperando al viudo de Linda Loeb.

—Ya le he aguantado demasiado...

Brompton se levantó de un salto, pálido de ira. Keyse se limitó a dar un paso y colocarse junto a él.

—Siéntese, Brompton —gruñó—. No complique las cosas en el último momento.

—Regístralo, Keyse.

—¡Esto es un atropello!

—Seguro.

Keyse cumplió el cometido con manos expertas, pero sin resultado. El hombre no llevaba arma alguna.

—¿Puede saberse qué sigue ahora? Espero que me dejen salir de aquí pronto, porque lo primero que haré será presentar una demanda contra ustedes dos, por detención arbitraria y sin fundamento, atropello...

—Y doble asesinato —le interrumpió Bannon con helada calma.

Brompton enmudeció. Sus ojos fueron de uno a otro policía como si estuviera en presencia de dos terroríficos fantasmas.

Drake Bannon le sonrió burlonamente.

—Ya ve —dijo—; todo su castillo de naipes se derrumba a última hora por un par de errores suyos. Nunca debió dejar que le cegara la ambición. Quizá si solo hubiera pretendido el millón de Linda todo hubiese sido distinto... Pero planeó eliminar a las dos hermanas; dos millones. Más los negocios y propiedades si al mismo tiempo eliminaba a Duncan Abbot, convirtiéndolo en «chivo expiatorio», cargándole con esos crímenes...

—Está loco... completamente loco... Yo estaba en México cuando...

—Pero Ernest Carlin estaba aquí. Ernest Carlin es el hombre que viajó anoche endiabladamente rápido en el rojo bólido de Linda, ese «Corvette» que nosotros estábamos buscando. Y viajó hasta Tijuana. ¿Qué le parece?

—No sé de qué me está hablando.

—Vamos, Brompton, no lo haga todo más difícil. Le enfrentaremos con los dos aduaneros que despacharon su salida. Le reconocerán. Además, podemos recabar el testimonio del empleado del garaje de Tijuana donde usted dejó el «Corvette»... aparte de hallar sus huellas

dactilares en ese coche. ¿Quiere más evidencias todavía? Usted no ha tomado el avión en la ciudad de México, sino en Tijuana, durante la escala en ese lugar de turismo. No creo que se atreva a negar semejante dato, comprobable, sin la menor duda, por las listas de vuelo... y por las azafatas. Igualmente, estoy seguro de que podremos encontrar el nombre de Ernest Carlin en alguno de los aviones de los días inmediatamente anteriores a la muerte de su mujer, y en el siguiente. ¿No es así? Ya puede ver que está perdido, muchacho...

Brompton estaba terriblemente pálido. Sus ojos habían adquirido un brillo febril.

—Esa actitud solo le llevará a que se le someta a un interrogatorio muy desagradable —remachó el sargento.

—Ustedes ganan —confesó con voz sorda—. Sé que el personal que ustedes han mencionado podría identificarme sin lugar a dudas. Pero yo esperaba que fuera Duncan Abbot quien estuviera esperándome, no la policía...

—Ha tenido usted mala suerte. ¿Está dispuesto a confesar?

—¿Qué otra salida me queda?

—Realmente, ninguna. Pero primero explíquenos cómo pudo llegar a su poder el gemelo de Abbot, el que usted rompió, dejándolo al lado del cadáver de su mujer...

—Aquello fue una cosa que me pareció indicada para desviar las sospechas, si fallaba la idea del loco. La verdad es que Linda llevaba esos gemelos y algunas otras cosas de su cuñado en la caja de sus propias joyas. Debieron ir a parar allí por error. Recuerdo que había también un sujetador de corbata...

—Ya veo. Viajó con nombre falso, la asesinó, regresó a México con el mismo nombre, y esperó que los periódicos identificasen a la víctima. Solo que al querer repetir la suerte ha fallado. Nosotros hemos seguido la pista del «Corvette», que llegó este amanecer a Tijuana, cubierto de polvo. Había pasado la frontera conducido por alguien de nombre Ernest Carlin, pero cuya descripción le cuadra como un guante. ¿Dónde tiene el pasaporte falso, Brompton?

—Lo quemé.

Abatió la cabeza y cubrióse la cara con las manos. Estaba vencido y lo sabía, puesto que, habiendo despertado las sospechas de la policía, nada en este mundo podía impedir que los aduaneros y azafatas le identificasen.

Sin apartar las manos del rostro, murmuró:

—Quiero llamar a un abogado, teniente.

—No habrá inconveniente... después que haya firmado esa declaración —Bannon se levantó, indicándole a Keyse—: Encárgate de que un estenógrafo tome hasta la última palabra y después haz que Brompton lo firme todo.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Sacar a Abbot de la jaula. Necesito que vuelva cuanto antes al lado de Alma Dyer...

—¿«Necesitas»? No lo entiendo. ¿Qué te importa a ti lo que él haga después de salir de aquí?

—¡Ya lo creo que me importa! Necesito sus buenos oficios de diplomático cerca de Alma y su hermana. De lo contrario, Laurie jamás permitirá que la someta de nuevo al «tercer grado».

—¿De qué infiernos estás hablando? ¿Quién es Laurie y...?

—Justamente, es la mujer con quien voy a casarme.

Abrió la puerta y salió. Keyse, estupefacto, tardó más de un minuto en recobrar el aliento. Y solo la presencia del asesino le impidió echarse a reír como un chiquillo.

Llamó a un estenógrafo y se puso a trabajar, dejando a Drake Bannon que corriera detrás de su sueño...

Un sueño llamado Laurie.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
Impreso en España - Printed in Spain
PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.